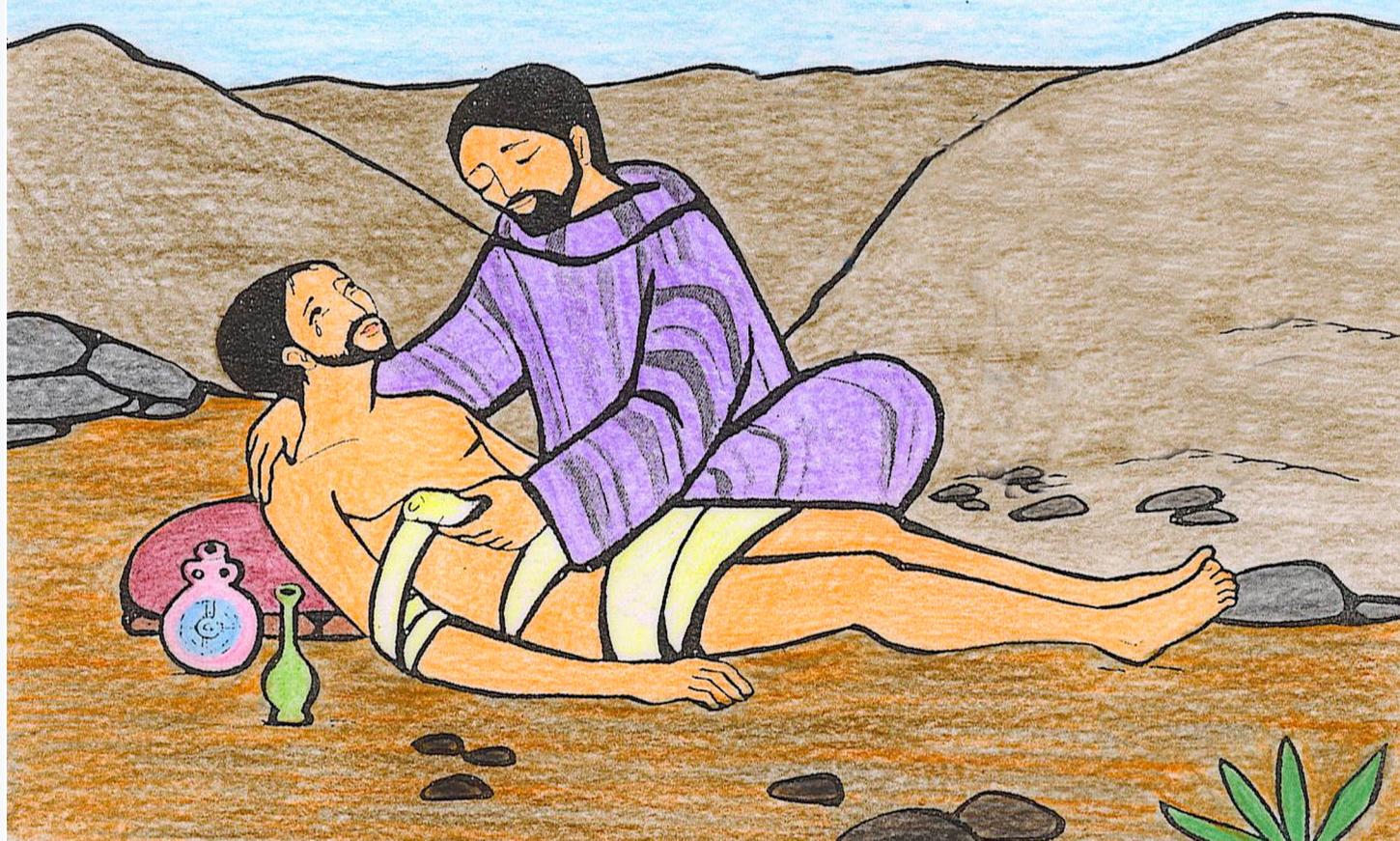


TH

TIEMPO DE HABLAR
TIEMPO DE ACTUAR

MISERICORDIA CONFLICTIVA



TRIMESTRE 3° 2017

150

www.moceop.net

Restos de otra época
Carta al Papa
Sueños de los cincuenta
Oportunidad Don y Misión

MoCeOp

Movimiento Cellbato Opcional

moceoph@gmail.com
www.moceop.net**Coordinadora General:**
Tere Cortés
Tfno 916821087
García Lorca, 47
28905 GETAFE
Sector 3 Madrid**Coordinador Revista**
José Luis Alfaro
Arcángel S. Gabriel, 9,1ºB
02002 Albacete
Tfno: 967660697**CONSEJO DE REDACCIÓN**

Ramón Alario	Jesús Chinarro
J. Antonio Fernández	Domingo Pérez
Fernando Bermúdez	Paco Berrocal
Mari Carmen García	Pepe Centeno
Andrés Muñoz	Juani Palacios
José Luis Sainz	Joaquín Patón
Margarita Rodríguez	Maª Pilar Valentín

Ayudas económicas
Globalcaja Albacete
ES87 3190 0097 93 000942 4920**Depósito Legal:**
M-283272-1986**Imprime:**
Graficas Cano
Ctra Valencia, 10
967246262
02006

Sumario

EDITORIAL

¿Misericordia?... 3

MOCEOP

Restos de otra época... 5

Lenguaje de superioridad clerical... 10

40 años de curas casados... 11

CON OJOS DE MUJER

Mujeres sacerdotes... 15

ENTRELÍNEAS

¿Y qué le decimos a Francisco?... 19

Carta a Francisco... 21

TESTIMONIO

Mi experiencia: Oportunidad Don y Misión... 23

IGLESIA ABIERTA

Si cuidas el planeta... 27

UN GRANO DE SAL

Misericordia conflictiva... 29

PRESENCIA DE ALBERTO INIESTA

Legado de A. Iniesta para la Iglesia de hoy... 45

LATINOAMÉRICA

Principios de Yuhuarcocha... 48

SACRAMENTOS DE LA VIDA

Sueños de los cincuenta... 49

RESEÑA

Misal Romano... 53

Roma veduta... 57

HUELLAS

Bromeando con Dios a los 90 años... 58

EL PELÍCANO

Una Sonrisa para cambiar el mundo... 61

Editorial

¿MISERICORDIA?

El Diccionario de la Real Academia define la misericordia como «Virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los sufrimientos y miserias ajenas. Pero la compasión palabra calcada semánticamente o traducida del vocablo griego *συν πάσχω + = συμπάσχω*, significa literalmente «sufrir juntos», «tratar con emociones ...», (simpatía) y es un sentimiento humano que se manifiesta a partir y comprendiendo el sufrimiento de otro ser. Más intensa que la empatía, la compasión es la percepción y comprensión del sufrimiento del otro, y el deseo de aliviar, reducir o eliminar por completo tal sufrimiento.

En este número de «Tiempo de Hablar» aparecen situaciones de sufrimientos:

Sufrimiento el que padecen los sacerdotes secularizados al ser tratados por la Iglesia poco menos que como delincuentes según aparece en el rescripto que reciben y que reproducimos en la página 7.

Sufrimiento el que, a veces, sin darnos cuenta genera la actitud y el lenguaje clerical, ya

se trate del que utiliza la teología, el magisterio o la liturgia, al subrayar a tiempo y a destiempo lo que es privativo del ministerio que obispos, presbíteros y diáconos desempeñan en la Iglesia, que no ha desempeñado su función natural de instrumento para que todos comprendan y estimen esos ministerios eclesiales, sino que ha servido y sirve de soporte doctrinal a la idea de una supuesta superioridad de los clérigos sobre quienes no lo son: *«El cura debería dejar de ser el eje. La prioridad, el protagonismo retorna a la comunidad»*

Sufrimiento el que sufren las mujeres con vocación sacerdotal y todo el pueblo de Dios al verse privadas de este ministerio.

Y así el lector verá en este número diversas situaciones dónde la justicia reclama misericordia.

Como afirmaba ya de un modo tajante el libro del Éxodo (34, 6-7), la justicia resulta inseparable de la misericordia y en el fondo se identifica con ella. Eso significa que la justicia está al servicio de la misericordia y viceversa: Que hombres y mujeres se puedan perdonar y se

perdonen y que los menos favorecidos (cojos y mancos, enfermos y ancianos, extranjeros y mujeres en riesgo...) sean los más protegidos por la ley y por la vida del conjunto de la sociedad.

En esta línea avanza la aportación básica de Jesús en el evangelio de Mateo donde la misericordia se identifica con el juicio o, mejor dicho, deriva del juicio, expresando de esa forma su sentido más profundo. Dios no juzga para vengarse de los hombres, ni para imponerles su poder, sino para expresar y realizar en ellos su misericordia. De igual forma, el Estado ha de ser justo para ser misericordioso con los menos afortunados de la vida, no sólo promoviendo la justicia del perdón, sino realizando sus obras al servicio de todos, y de un modo especial de los más débiles.

Ésta ha sido y sigue siendo la experiencia radical del evangelio, el mensaje central de la Iglesia, que el Papa Francisco está recuperando. No se trata de una misericordia intimista, sino de una misericordia que brota de la justicia y que se expresa en la ayuda a los más débiles, a los que son víctimas de otros. No se trata de una misericordia exclusiva de los cristianos (de una nota interior de la Iglesia), sino de un gesto de amor abierto a todos los seres humanos (con fe explícita en Dios o sin fe explícita).

Pepe Laguna nos habla en «Un Grano de Sal» (pag. 29) de la misericordia conflictiva del Reino y su originalidad estriba en desmenuzar las actuaciones de Jesús alertando de que "si eliminamos el desafío religioso y político que generaron



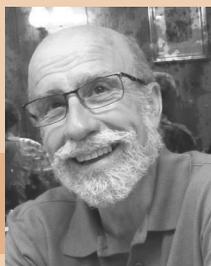
sus actos de misericordia, quedarían sin justificar las razones históricas de su condena a muerte". Y recordando también que los exegetas cuando hablan de pobres y hambrientos en las bienaventuranzas de Mateo y Lucas, se refieren a realidades estructurales, no solo a desgracias puntuales.

Todo gira en torno a los más desfavorecidos, por serlo; Jesús es parcial con el necesitado. Y para eso, propone un cambio de fondo en las relaciones religiosas, en

donde la religión del poder pase a ser una religión de servicio y misericordia que dejaría de ser una acción más para convertirse en lo que Pepe llama "principio estructurador" de la actuación de Dios y de Jesús y que debe serlo de la Iglesia.

Así las cosas, las obras de misericordia transitan entre la cruz y la resurrección. Y este hacer «Reino de Dios» en la historia conlleva la oposición virulenta de los poderosos del antirreino, que ven como peligrar su posición de privilegio. Y entre estos, las instituciones religiosas reciben su recado del Mesías al priorizar la institución sobre el mensaje de Cristo. Lo explica muy bien Laguna cuando reflexiona así: ¿qué conflicto genera da de comer al hambriento, acoger al forastero o asistir a los enfermos? Ninguno, a no ser, claro está, que para dar de comer al hambriento se eche mano de los panes reservados para el culto, que el forastero al que hay que acoger sea un pecador samaritano o que el enfermo al que se cura sea el criado de un soldado romano invasor.

Moceop



Ramón Alario

RESTOS DE OTRA ÉPOCA

Los curas casados -tema tabú en otros tiempos- fuimos durante años un fenómeno de consumo en los medios de comunicación: algo *raro* que suscitaba curiosidad y grandes dosis de morbo. Felizmente, hoy hemos quedado sumidos en un cierto anonimato público; aunque formemos parte del entorno de muchas personas y comunidades y seamos conocidos como tales: como curas casados.

Sin embargo, tal vez no sea demasiado conocida la situación *jurídica* en que queda un cura que ha decidido casarse y, que, consecuentemente, asume las consecuencias de su nueva vida.

Los grandes grupos en que podríamos clasificarlos, de manera muy simple y con todos los matices que podrían hacerse para cada persona, podrían ser los siguientes: a) curas casados *en la legalidad* (con la tramitación del permiso correspondiente -la llamada *petición de secularización*- y respuesta afirmativa); b) curas *en situación ilegal, irregular* (retirados de sus tareas pastorales anteriores sin haber pedido ningún permiso, pero integrados o cercanos a las

comunidades de creyente, en las que no ocultan su condición de curas); c) curas que desaparecieron de sus lugares de trabajo pastoral sin haber tramitado el permiso correspondiente y de los que como colectivo poco se sabe...

Seguro que deberían tenerse en cuenta muchos más matices personales; pero no es ese el objetivo de este escrito.

En los casos en que se concede ese *permiso de secularización* -por lo que se verá, solicitado o no solicitado- les llega una notificación procedente hoy de la *Congregación del Clero* (Roma), que reproducimos a continuación. Su interés -creemos- se deriva de la eclesiología que subyace: un resto más de una manera de entender y vivir en la Iglesia de Jesús, que nos parece sacado de otra época, que nos gustaría desaparecida. Una mentalidad que, desde luego, no existe en muchas comunidades de creyentes en Jesús de Nazaret; y que muy poco de positivo y liberador puede transmitir al ser humano de nuestros días.

En mi caso, me he permitido hacer públicos dos escritos:

1°. El documento romano que me ha sido entregado por mi actual obispo. Estimo que es muy conveniente que se conozca y que pueda ser analizado en su contenido y en la mentalidad que en él se refleja. Son documentos que deben

perder de una vez por todas el oscurantismo y el secretismo de que van acompañados.

2°. Y, en lógica coherencia con mis opciones personales -teológicas y pastorales-, hago pública igualmente mi respuesta a ese documento.



CONGREGATIO PRO CLERICIS
(Dispensatio ab oneribus Ordinationi conexas)

Prot. N.

N.N., sacerdote de la Diócesis /Arquidiócesis /Orden /Congregación /Instituto / pide humildemente la dispensa del celibato y de todas las obligaciones inherentes a las Sagradas Órdenes.

El Santo Padre FRANCISCO,

el día... del mes de... del año 20....,

habiendo recibido el correspondiente informe de la Congregación para el Clero, ha dado su consentimiento a la referida petición, de acuerdo con las siguientes disposiciones:

1. Que, lo más pronto posible y por medio del Ordinario, se comunique al interesado el rescripto de dispensa, teniendo en cuenta la norma n. 2,

a) *el rescripto es efectivo al momento en que el interesado o solicitante llegue a conocimiento del mismo;*

b) *lleva consigo la dispensa del celibato, juntamente con la dimisión del estado clerical. El interesado no está facultado para separar ambos elementos; esto es, para aceptar el primero y negarse al segundo;*

c) *si el solicitante es religioso, el rescripto le concede también la dispensa de los votos;*

d) *el rescripto le otorga la absolución de las censuras, si hubiera necesidad de ello.*

2. La comunicación de la dispensa al interesado puede hacerse personalmente (por el mismo Ordinario, por su delegado o por un notario eclesiástico) o también tramitarse por correo certificado. El Ordinario deberá transmitir a esta Congregación una copia, debidamente firmada por el interesado, como testimonio de haberlo recibido por sí mismo y haber aceptado las disposiciones anejas a dicho rescripto.

3. La concesión de la dispensa deberá anotarse, como nota marginal, en el libro de bautismos de la parroquia en la que fue bautizado el solicitante.

4. Respecto a la celebración del matrimonio eclesiástico, se aplicarán las normas establecidas en el Código de Derecho Canónico. El Ordinario debe poner máxima atención a fin de que su celebración se lleve a cabo en manera discreta, sin pompa ni boato.

5. La autoridad eclesiástica, a la que corresponde la comunicación del rescripto al solicitante, debe exhortarlo encarecidamente a que tome parte activa en la vida del Pueblo de Dios, pero siempre en consonancia con su nuevo estado de vida, al fin de que sirva de edificación a los demás y muestre, de este modo, el amor que corresponde a un hijo de la Iglesia. Debe informarle, además, sobre los puntos siguientes:

a) *el sacerdote dispensado pierde automáticamente los derechos propios del estado clerical, juntamente con las dignidades y oficios eclesiásticos, que con dicho estado detentare; igualmente, se encuentra totalmente libre de todas las obligaciones derivadas del estado clerical;*

b) *queda excluido del ejercicio del orden sagrado, a excepción de las facultades mencionadas en los cánones 976 y 986 §2. En consecuencia, no puede predicar homilias ni desempeñar cargo alguno de dirección en el ámbito pastoral, como tampoco se le podrá conferir responsabilidad alguna en la administración parroquial;*

c) igualmente, no puede desempeñar ninguna función en seminarios o instituciones equivalentes. En las demás instituciones de estudios superiores, que de alguna manera dependen de la autoridad eclesiástica, no puede ejercer el cargo de director;

d) en las instituciones de estudios superiores, dependientes o no de la autoridad eclesiástica, no puede enseñar disciplina alguna de orden propiamente teológico o que esté estrechamente unida a la teología;

e) en instituciones de estudios menores, que dependen de la autoridad eclesiástica, no puede ejercer de director ni de profesor de disciplinas teológicas. Vale lo mismo para el sacerdote dispensado, en orden a la enseñanza de la religión, en instituciones similares que no dependen de la autoridad eclesiástica.

f) de por sí, el sacerdote que ha sido dispensado del celibato sacerdotal y, más aún, el sacerdote que se ha casado, debe mantenerse alejado del lugar o territorio donde se conoce su estado anterior, y no puede ejercer, en lugar alguno, la función de lector, de acólito, o distribuir o ser ministro extraordinario de la Eucaristía.

6. El Ordinario de la diócesis del domicilio o del lugar de residencia del solicitante, de acuerdo con su prudente juicio y según su propia conciencia, después de haber escuchado a los interesados y habiendo considerando las circunstancias, puede dispensar de algunas o incluso de todas las cláusulas del rescripto, que figuran en las letras (e) y (f).

7. Por regla general, las dispensas mencionadas en el párrafo anterior, deberán ser concedidas y comunicadas por escrito, pero no sin que antes haya transcurrido un oportuno período de tiempo desde la notificación de la pérdida del estado clerical.

8. Deberá imponerse al interesado algunas obras de piedad o caridad.

9. Al momento oportuno, deberá redactarse un breve informe para esta Congregación acerca de la efectuada comunicación, señalando si la misma fue objeto de extrañeza para los fieles, de forma que se les pueda dar una prudente aclaración.

No consta nada en contrario.

Dado en la Congregación para el Clero, a los xx días del mes de xxx del año 20.....

Beniamino Card. Stella
Prefecto

✠ Joël Mercier
Arzobispo tit. de Rota
Secretario

Fecha de la comunicación: _____

Firma del interesado como prueba de aceptación

Firma del Ordinario

CONGREGATIO PRO CLERICIS

Prefecto Beniamino Card. Stella

El 27 de enero de 2017, me fue comunicado por el Sr. Obispo de _____ el contenido de un documento de la *Congregatio pro Clericis*, en el que se daba «*respuesta a mi petición de secularización*» (sic).

Agradezco a D. _____ actual obispo de _____, la cercanía y amabilidad de que ha hecho gala en nuestra conversación tranquila y amigable. Deseo al mismo tiempo agradecer que, después de treinta y siete largos años, alguien en Roma se haya dignado darse por enterado de la declaración que entregué en mano a mi obispo de entonces, Card. Vicente Enrique y Tarancón (1980), quien aceptó mi escrito. En él notificaba «*mi decisión de abandonar el estamento clerical*» junto a «*mi negativa a pedir un permiso*» por el procedimiento acostumbrado (entrevista y declaración firmada en el obispado), con el que en conciencia me encontraba en total discrepancia.

Ninguna otra noticia he recibido en ese dilatado tiempo. En aquel documento daba cuenta pormenorizada de mi proceso como creyente en Jesús y como presbítero de la diócesis de Madrid-Alcalá; pero no solicitaba ningún permiso.

Es de suponer y agradecer que esta ya no esperada respuesta se deba a un gesto más de humanidad del Papa Francisco: detalle, al parecer, sin mucha importancia en pontificados anteriores. Recibido un ejemplar del documento vaticano en castellano (curiosamente, un impreso sin ninguna referencia personal en el espacio del *destinatario* ni *firma* o *sello* que lo autentifique. . .) y meditado su contenido, quiero dejar constancia de lo que sigue.

Reitero la decisión ya adelantada a Don _____: mi negativa a firmar el escrito que se me ha notificado, leído y entregado. Firmarlo supondría aceptar en todos y cada uno de sus puntos un

texto que no contiene ni una sola mención a Jesús de Nazaret ni a los valores que vertebran la Buena Noticia por él proclamada; y sí, una amplia serie de advertencias y exigencias más que cuestionables.

En concreto, quiero precisar los motivos de mi discrepancia y mi negativa a firmar:

-Profunda extrañeza al comprobar que el documento recibido no contiene ni una sola alusión al escrito por mí presentado en 1980: declaración de un proceso que me situaba fuera del estamento clerical; y en el que no solicitaba ningún permiso. Se utiliza un impreso genérico, muy similar al de hace cincuenta años, en casi nada adaptado a unos tiempos actuales ni a una iglesia comunidad; y que en ningún caso -insisto- alude para nada a mi proceso personal.

-Parece que la pretensión del escrito es orientar mi nueva ubicación en la comunidad de creyentes en Jesús. Gracias a Dios y a las comunidades con las que he tenido la suerte de compartir mi vida, esa presencia ya añeja es clara y notoria. No he desperdiciado la mitad de mi vida esperando a que una congregación romana me diera unas directrices sobre mi vida. De haber estado muy interesados en ello, llegan tarde: deberían haberlo manifestado con tiempo para que resultaran útiles.

-Como decía en mi escrito, me sigo sintiendo creyente e integrado en diversas comunidades como un creyente más, en las que he intentado e intento estar disponible para cualquier tarea o servicio que se me pida. Y no ha supuesto ningún problema para esos creyentes adultos mi condición de cura casado, padre de tres hijas y abuelo de dos nietas hasta el momento. Por supuesto, mi formación y mi recorrido personal están sin restricción a disposición de esas comunidades.

-Y, desde luego, pueden estar tranquilos: nunca he pretendido ni alardeado de estar ejerciendo el ministerio presbiteral, de manera especial en lo que se refiere a actos de culto: salvo, eso sí, en situaciones en las que,

como se me recuerda en el escrito, por alguna necesidad personal o comunitaria se me ha solicitado. Creo que ese ministerio es mucho más rico y variado que la presidencia de celebraciones; y que los ministerios en las comunidades son múltiples y es deber de todo creyente adulto estar dispuesto a ejercerlos. En ello estoy.

-El documento huele a una teología pre-Vaticano II e ignora la situación de muchas comunidades eclesiales en las que la presencia del cura casado no plantea problemas de escándalo; es más bien un testimonio de pluralidad, servicio y hasta coherencia personal con una fe profunda.

Por supuesto, múltiples encuestas atestiguan que el abandono del ministerio no supone en comunidades de lo más variadas ningún escándalo.

-El texto ha mejorado algunos aspectos que eran claramente ofensivos para la generalidad de los creyentes (los llamados *laicos*). No se utiliza la tan repetida expresión «reducción al estado laical» sino «*dispensa de las obligaciones ajenas a la ordenación*». Ya es un paso. **Aunque a lo largo del escrito queda claro que el sacerdote dispensado ha bajado un nivel en el escalafón eclesial;** o más bien dos. Y que debe tenerlo en cuenta en sus actuaciones.

-Se me imponen prohibiciones y aspectos a cumplir que lesionan derechos humanos elementales: la forma en que debo celebrar mi matrimonio, la obligación de mantenerme alejado de los lugares donde se conozca mi estado anterior... Son cosas

que ni he tenido en cuenta ni estoy dispuesto a aceptar.

-Se me prohíben tareas y servicios que tiene y ejerce cualquier integrante del Pueblo de Dios: lector, acólito, ministro extraordinario de la Eucaristía, tareas directivas en el ámbito pastoral y en la administración parroquial... Cometidos que en no pocas parroquias y diócesis se han encomendado y se encomiendan, sin problemas a destacar, a curas casados.

-Se me prohíben explícitamente las funciones de docencia y dirección en las instituciones dependientes de la autoridad eclesiástica en todas aquellas materias que tengan relación con la teología... a pesar de mi cualificación: Doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Comillas. 2000. Contradicción difícil de entender y más difícil aún de explicar.

Hay, por tanto, una serie de aspectos que ignoran lo que viven muchas comunidades de creyentes, implican un castigo innecesario e injusto, imponen una discriminación; y suponen una ignorancia o falta de respeto a la libertad de todo ser humano.



EL LENGUAJE DE LA SUPERIORIDAD CLERICAL:



El lenguaje, ya se trate del que utiliza la teología, el magisterio o la liturgia, al subrayar a tiempo y a destiempo lo que es privativo del ministerio que obispos, presbíteros y diáconos desempeñan en la Iglesia, no ha desempeñado su función natural de instrumento para que todos comprendan y estimen esos ministerios eclesiales, sino que ha servido y sirve de soporte doctrinal a la idea de una supuesta superioridad de los clérigos sobre quienes no lo son.

Que yo sepa, en los escritos del Nuevo Testamento, en los que la Iglesia es objeto normal de consideración y de contemplación, no aparece la palabra «jerarquía».

En compensación, ese substantivo, con su familia semántica, parece ser el condimento indispensable de toda referencia a la Iglesia que se hace desde los documentos del magisterio eclesiástico.

Es obvio que hoy la «jerarquía» eclesiástica goza de un amargo desprestigio social, que no aminoran sino que aumentan las repetidas reivindicaciones magisteriales de su función, de su autoridad, de su poder, de sus prerrogativas en la comunidad de los fieles.

No me pregunten cómo en la Iglesia se ha dado el paso desde la diferencia reconocida de ministerios y carismas a la pretendida supremacía de unos sobre otros.

El hecho es que ese paso se ha dado. Y hemos de desandararlo, porque en ello nos va la vida.

Hemos de volver a comprender y sentir y abrazar el ministerio ordenado como servicio al

evangelio de Cristo. Y habremos de evitar escrupulosamente toda palabra que pueda asociar ese ministerio a la idea de predominio, superioridad, autoridad o poder que los ministros ordenados ejercen sobre los demás fieles.

Evitar palabras para que las palabras no nos perviertan.

Evitar verbos que presuponen poder de unos sobre otros: «regir», «gobernar», «conducir», «dirigir».

Evitar nombres que sugieren superioridad de unos sobre otros: «Autoridad», «potestad-poder».

Y evitar asimismo nombres que evocan la idea de inferioridad, como es el de «súbditos».

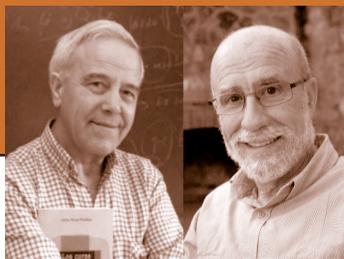
A todos nos conviene recordar la enseñanza de Jesús:

«Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos».

Ésa es su «jerarquía», y ésa ha de ser también la nuestra.

Santiago Agrelo
Arzobispo de Tánger

CUARENTA AÑOS DE CURAS CASADOS



Ramón Alario y Julio Pinillos

«El cura debería dejar de ser el eje. La prioridad, el protagonismo retorna a la comunidad»

«La Iglesia necesita una transformación fundamental de los corazones y de las estructuras»

En distintos continentes, países y colectivos de Iglesia -tras muchos años de andadura- queremos ofrecer nuestra ya larga experiencia y reflexión en torno a otras formas ministeriales y presbiterales al servicio de las comunidades cristianas.

Nos alegra comprobar que el enfoque inicial por el celibato opcional de los curas, que nos sirvió de despegue y de aglutinante, muy pronto y en muchos países se abrió hacia otro eje transversal más amplio y fundamental: qué ministerios y presbíteros son necesarios desde y para unas comunidades corresponsables, en una Iglesia misionera y periférica como la que alienta el Papa Francisco.

Nos parece oportuno, superando el silencio institucional y alentados por los gestos y orientaciones del Papa Francisco, ofrecer al público que está buscando luz, nuestras experiencias y reflexión. Deseamos que puedan ser útiles de cara al próximo Sínodo 2018.

La primavera eclesial impulsada por el Vaticano II, duró pocos años, apenas una década. Acontecimientos como la *Humanae Vitae* (1968) y el Sínodo de los Obispos (1971), anticiparon una paulatina y larga restauración más allá de la defensa teórica de los textos conciliares. Una hemorragia sin precedentes en el clero católico diezmó un colectivo tan esperanzado como frágil: más de 100.000 curas -una cuarta parte de los efectivos totales- se casaron y dejaron su ministerio (*Annuarium Statisticum Ecclesiae*). En la década de los 70 obtuvieron con facilidad la dispensa del celibato; no sucedió así posteriormente. Como resultado, numerosas comunidades se quedaron sin presbíteros; muchos de estos fueron abandonados a una situación irregular.

Antes de 1980, ya se habían formado diferentes grupos y movimientos de curas casados: ponían en común su nueva situación. La reivindicación de un celibato opcional era el

banderín de enganche. La reflexión en común, la valoración sin nostalgia de su experiencia pastoral, la negativa a refugiarse en una actitud pasiva, una profunda fe en Jesús y el deseo de seguir siendo útiles a las comunidades, animaron a estas personas a reorientarse en la vida, tanto en lo laboral como en la vivencia y expresión de su fe. Muchos dejaban el ministerio oficial, pero mantenían su compromiso con comunidades, en un servicio más amplio, más allá de lo cultural.

Desde el principio, una nueva perspectiva se abría paso con fuerza: el celibato impuesto por ley no era un problema exclusivo del cura, sino que repercutía en las comunidades, en su atención y en su configuración en torno a un presbítero. En el fondo latía el sentimiento y la convicción de estar viviendo algo que afectaba profundamente a toda la comunidad de creyentes. En comunidades concretas surgieron curas que habían decidido contraer matrimonio y no veían incompatibilidad -solo un impedimento jurídico- entre su nueva situación y su vocación de servicio comunitario. En ciertos casos, eran los propios movimientos y comunidades las que aceptaban esa decisión de su cura o, por lo menos, se cuestionaban su viabilidad futura.

Esta problemática afectaba a la Iglesia católica universal. Y las demandas de una reforma se fueron manifestando en muchos países. El movimiento internacional de curas casados (formalizado en París, 1986: 35 países, 7 congresos internacionales y otros muchos nacionales) coordinó gran parte de esos colectivos. Como queda destacado, el sentido eclesial de sus apuestas y compromisos fue un principio incuestionable: se partía de la opción por una reforma eclesial, en la que los integrantes estaban implicados. Descalificativos como prófugo, traidor, desertor, renegado, parecen

fuera de lugar.

La tentación de unas iglesias paralelas no fue una vía contemplada. La opcionalidad del celibato se veía como una primera condición para esa reforma en la manera de ser y de analizarse como iglesia: quienes desempeñaran las tareas o ministerios eclesiales debían disfrutar de libertad para elegir estado de vida. Con ello se respetaría un derecho humano fundamental y se facilitaría la atención de tantas comunidades que perdían a sus pastores.

La reflexión posterior fue dando lugar a un planteamiento global más rico. Ya no se hablaba de cura-celibato-opcionalidad; sino de

ministerios, servicios -en plural- en el seno de la comunidad. El cura debería dejar de ser el eje. La prioridad, el protagonismo retornaba a ella. No parece correcto y dificulta la maduración de las comunidades que el cura acapare toda la responsabilidad, el servicio y el poder de decisión. Lo cual nos lleva, en consecuencia, a hablar de corresponsabilidad, sacerdocio común, derechos humanos de todo creyente y de las comunidades; y también, de diversidad de

ministerios. Este es el sentir y la reivindicación de otros muchos grupos reformadores de Iglesia.

El título del último congreso (Guadarrama. Madrid. 2016) puede ser ilustrativo del final de este recorrido: «Curas en unas comunidades adultas». Tras el análisis de un conjunto de experiencias comunitarias de varios países, se constata el hecho y la necesidad de una rotunda afirmación del protagonismo de cada comunidad. Es una realidad ya en muchos grupos comunitarios. El cura es un servidor más de la comunidad; la prioridad está en ella: el grupo de creyentes no se constituye en comunidad por la

la prioridad está en la comunidad: el grupo de creyentes no se constituye en comunidad por la presencia de un presbítero.

presencia de un presbítero.

El reto de fondo, por tanto, no se encuentra en cómo ha de ser o vivir el cura; sino en que exista una comunidad adulta en la que los creyentes asumen la responsabilidad de que ese grupo surja, sirva y crezca. En esta perspectiva cobran nuevas dimensiones todos los ministerios y servicios que nacen y se desarrollan en cada comunidad, incluido el presbiteral; así como la designación de qué personas son las elegidas y presentadas por la comunidad para el desempeño de esas tareas.

Los problemas de fondo que hicieron surgir estos grupos hace 20, 30 o 40 años, siguen aún de actualidad; y tal vez más hoy que entonces. Abusos sexuales del clero, relaciones clandestinas de curas, mujeres condenadas a la invisibilidad y una descendencia sin referentes públicos y reconocidos; parroquias cerradas, comunidades atendidas por clero importado, curas sobrepasados en sus tareas y abocados a una profesionalización casi inevitable... son otros tantos motivos que nos interpelan y alientan nuestro compromiso.

Nos consta que, a iniciativa del Papa Francisco y de otros obispos y comunidades, se están dando pasos en esta dirección: buscando salidas desde la creatividad del Espíritu y

negándose a la rutina de la falta de vocaciones. Queremos apoyar estas iniciativas y ofrecer nuestra experiencia y disponibilidad.

Para poder servir a las personas, la Iglesia necesita urgentemente realizar una transformación fundamental de los corazones y de las estructuras, partiendo de cada pequeña parroquia, de cada comunidad local o doméstica. De no ser así, será difícil que pueda ser entendida y captada como algo que tiene vida y que sirve. En su interior deben resplandecer la igualdad, la fraternidad, el compartir, la corresponsabilidad, la tolerancia, la misericordia, el servicio; y deben desterrarse la prepotencia, el autoritarismo, la inercia, el dogmatismo, las condenas, la exclusión...

Este cambio de perspectiva resitúa en el centro, como eje, a la comunidad de creyentes, toda ella ministerial y corresponsable; y a su servicio a toda persona creyente que desempeñe cualquier ministerio, desde la igualdad fundamental de todas las hijas e hijos de Dios. Deberá ser la propia comunidad la que elija a quien vaya a desempeñar esas tareas o servicios, en comunión con toda la Iglesia universal, representada y ejercida a través del ministerio episcopal de la unidad. La comunidad plantea y decide. Y presenta sus decisiones para la imposición de manos...



CANTANDO LOS CUARENTA

Os invitamos a cantarle las cuarenta al tiempo y al lucero del alba (tradúzcase por jerarquía, derecho canónico, clericalismo, vieja tradición...), recordándoles que durante cuarenta años no han podido con nosotros, con nuestra apuesta, nuestro sueño de una nueva tierra y una nueva Iglesia, unos nuevos ministerios, una nueva comunidad.

Cuarenta años de Moceop han sido muchos días, mucha lucha, mucha fe y mucha esperanza como para no celebrarlos.

Y lo vamos a hacer. Vamos a cantar, bailar y festejar esta larga andadura con una jornada de convivencia, recuerdos y acción de gracias.

El programa que hemos preparado es sencillo, sin grandes discursos teológicos, pero cálido, familiar y fraterno. Seguro que lo pasaremos bien.

Os esperamos a todas y todos. Id reservando vuestro tiempo y apuntaos en las direcciones que se indican.

Un abrazo de Tere.

PROGRAMA

«CANTANDO LOS CUARENTA»

Lugar: Centro de Congresos «Fray Luis de León». (Agustinos) – Guadarrama

Fechas: 4-5 de noviembre, 2017

Organiza: MOCEOP

Sábado 4

14: *Comida*

16: *Línea del Tiempo*. (Técnica didáctica con la que repasaremos los 40 años moceoperos y circunstancias)

Tiempo libre y convivencia

21: *Cena*

22: *Fiesta en el aire* (con productos de la tierra de cada uno/a)

Domingo 5

9: *Desayuno*

11: *Eucaristía de acción de gracias*

12,30: *Aperitivo*

14: *Comida y despedida*



DETALLES CONCRETOS

Precio completo: 70 •, persona; incluye: 1 pensión completa, una comida y gastos comunes. *La pensión completa es en habitación doble sencilla. Niños de 0-3 años gratis; 4-7 la mitad; a partir de 8 como adulto.*

Contactos e inscripciones:

Tere y Andrés: almaruecha@gmail.com

Tfnos: 916821087- 666852451

Ramón: alario-s-ramon@hotmail.com

Tfno: 949332224

Con ojos de mujer

MUJERES SACERDOTES EN LA IGLESIA

Carta de la Asociación Mulleres Cristiás Galegas Exeria a D. Julian Barrio, arzobispo de Santiago

Bienquerido hermano en el Señor.

A raíz de las declaraciones realizadas por Christina Moreira en distintos medios de comunicación, en los que declara con valentía y mucho amor apostólico su condición de presbítera, y del posterior Comunicado emitido por el Arzobispado de Santiago de Compostela el pasado 12 de marzo de 2017, se reabre con fuerza el debate sobre la ordenación sacerdotal de las mujeres.

La Asociación Mulleres Cristiás Galegas Exeria quiere, con este escrito, exponer públicamente algunas reflexiones sobre la situación de las mujeres en la Iglesia, y en este caso concreto, sobre el acceso de las mujeres al Ministerio del Orden Sacerdotal. Además de apoyar el paso de nuestra compañera Christina Moreira, queremos manifestar nuestra solidaridad

y agradecimiento para con ella y con las docenas de mujeres de todo el mundo que respondieron con fidelidad y valentía, con apertura obediente, a la llamada de su vocación sacerdotal.

Las mujeres que conformamos Mulleres Cristiás Galegas Exeria, llevamos más de 20 años celebrando nuestra fe como mujeres, como cristianas y como gallegas, y reflexionando comunitariamente desde esta nuestra identidad (recordamos, en este sentido, los documentos que hemos publicado: Nós, as mulleres na Igrexa y Violencia de Xénero, violencia contra as mulleres).

Desde nuestro ser queremos expresar lo siguiente:

1. En las declaraciones realizadas por Christina Moreira, ella se presenta a sí misma como sacerdote, ordenada desde hace dos años,



respondiendo a su vocación, de la que tomó conciencia hace tiempo, en un momento crucial de su vida. Reconocemos a Christina Moreira como presbítera. Sabemos que ha recibido la ordenación diaconal y la ordenación sacerdotal y que preside los domingos la celebración de la Eucaristía en la comunidad Home Novo de un modo comunitario y participativo, enamorando e incluso entusiasmando a la comunidad con la Palabra de Dios. Además, acompaña a esta comunidad y a numerosas personas ajenas a ella en su camino de fe cristiana.

2. Sentimos un profundo dolor, acompañado de amargura y rabia, a causa de las formas y los contenidos del comunicado emitido por el Arzobispo de Santiago de Compostela en relación con el presbiterado de Christina Moreira, comunicado que refleja la postura oficial de la jerarquía católica (que no la opinión de teólogos y teólogas ni de muchas cristianas y cristianos de la Iglesia) en relación a este tema. Apoyadas en los estudios teológicos y en la Tradición más próxima a nuestro hermano mayor Jesús, el Cristo, queremos exponer que:

a) Como bien apunta el comunicado emitido por el Arzobispado de Santiago de Compostela, «La Iglesia es un Misterio de

comunión por voluntad del Padre, realizado en la misión del Hijo y actualizado por la Acción del Espíritu Santo». Tanto nuestro Dios Padre-Madre, como nuestro Maestro Jesucristo, como el Espíritu Santo que todo lo envuelve en su Amor grande, confirman la inclusión como un elemento esencial. Por lo tanto, la inclusión necesaria también de las mujeres, más de la mitad de la humanidad y la mayoría numérica de nuestra Iglesia. Es necesaria la actualización de la Iglesia en la sociedad contemporánea, igual que en su tiempo se actualizó en la sociedad patriarcal del siglo II en la que vivía Ignacio de Antioquía.

b) «En el Nuevo Testamento aparecen llamadas que llevan consigo la encomienda de una misión por parte de Jesús. Una de ellas es la llamada a los Doce, con la designación para una misión esencial, unas tareas y unas significaciones que aparecen diferenciadas del conjunto de los cristianos.»

El grupo de seguidores de Jesús estaba formado por hombres y mujeres. Jesús acogió siempre a las mujeres, las valoró y las quiso, en una sociedad judía en la que eran sujetos de segunda categoría. La Samaritana, Marta y María, o la Hemorroísa, entre otras muchas, confirman el acercamiento siempre cálido de

Jesús a las mujeres, su reconocimiento fraterno. María Magdalena aparece nombrada como la «apóstola de apóstoles», «la primera testigo y evangelista de la resurrección del Señor».

Desde el mes de julio de este año el Papa Francisco elevó su festividad litúrgica al nivel de la de los apóstoles por ser la primera que reconoce a Jesús resucitado y lo va a proclamar al resto de discípulos (¡a los Doce!) que inicialmente dudan e incluso se niegan a creer en su palabra. San Pablo, que asienta su carácter de apóstol en haber visto al resucitado, distingue también a otra mujer, Xunia, como «insigne entre los apóstoles, que creyó en Cristo antes que yo» (Rom 16, 7).

c) «La presidencia de la celebración sacramental no es, pues, un ministerio que Cristo haya entregado a las mujeres.» El mismo Papa Juan Pablo II declara en la carta apostólica *Ordinatio Sacerdotalis* «que las mujeres no pueden ser sacerdotes porque el mismo Cristo, que instituyó el Sacramento, determinó que fueran varones quienes ejerzan este ministerio».

En efecto, Cristo no entregó la presidencia de la celebración sacramental a las mujeres como tampoco se la entregó a los hombres. Cristo no estableció presidencias celebrativas tal y como las entendemos hoy y, por lo tanto, no determinó que fueran hombres quienes la ejercieran. El conjunto de los siete Sacramentos hoy reconocidos por la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y con ellos el de la Ordenación Sacerdotal, son en gran medida fruto del caminar histórico eclesial, resultado de la



búsqueda de muchas generaciones de creyentes iluminados por el Espíritu Santo (eso deseamos) en la construcción de una comunidad creyente que quiere ser fiel al Espíritu de Jesús...

Se fueron construyendo históricamente con vocación de seguir evolucionando para mayor fidelidad al Espíritu.

d) La afirmación del Papa Juan Pablo II de que «la Iglesia no tiene de ninguna manera la facultad de darle a las mujeres la ordenación sacerdotal, y esta sentencia debe ser considerada de modo definitivo por todos los fieles de la Iglesia» es una afirmación osada, porque ni siquiera el mismo Papa puede conocer de antemano los caminos misteriosos e imprevisibles del Espíritu, capaz de sorprendernos siempre por encima de nuestros criterios humanos, tantas veces cerrados y ciegos.

Esta afirmación no tiene en cuenta que en las primeras comunidades cristianas, a lo largo de casi tres siglos (¡tres siglos nada menos!), las mujeres ejercieron un papel clave en la proclamación de la Palabra del Señor, en el Partir el Pan y el Vino, en la atención a los pobres,...

¡Si el Papa Juan Pablo II «descartó toda

posibilidad de debate dentro de la Iglesia sobre la posibilidad de aceptar el sacerdocio femenino», decimos con claridad que se equivocó!



Como bien reconoce este comunicado arzobispal, citando al Papa Juan Pablo II, «Lo cual no significa que la mujer no sea una parte fundamental en una Iglesia, toda ella ministerial en



virtud del sacramento del bautismo». Las mujeres no somos solo una parte fundamental de la Iglesia. Sin nosotras, mujeres, sin nuestra inclusión, sin nuestro pleno reconocimiento en igualdad, la Iglesia no tiene futuro.

Lamentamos que, en pleno siglo XXI, los hombres que rigen actualmente la Iglesia nos sigan considerando sujetos de «segunda clase», sin capacidad de colaborar en igualdad de condiciones en las decisiones y servicios de la Iglesia. Las razones que dicen justificar esta prohibición son pobres y muchas veces sin fundamentación teológica actualizada, por lo que no se sostienen ante la menor crítica.

Las mujeres, hoy, reivindicamos una sociedad de iguales donde mujeres y hombres tengamos los mismos derechos y oportunidades. La sociedad está dando pasos en este cambio. Hoy las mujeres participamos a todos los niveles en la representación social, la investigación científica y filosófica, y los trabajos de cualquier nivel de cualificación. ¿Cómo nos vamos a conformar cuando se nos dice que es simplemente por nuestra condición de mujeres -por simple



razón de sexo- que no se nos permite acceder a la ordenación sacerdotal? ¡A eso en esta sociedad se le llama «sexismo»! Necesitamos reabrir con urgencia el debate sobre la igualdad en la Iglesia, y dentro de este

debate hablar también sobre la ordenación sacerdotal de las mujeres. Necesitamos ir dando pasos hacia una Iglesia en la que no exista discriminación, una Iglesia democrática, fraterna, en la que mujeres y hombres formen comunidades de iguales, comunidades vivas, comprometidas, en las que seamos capaces de trabajar en comunión, donde todas y todos tengamos palabra, donde cada cual contribuya con lo que realmente es. Una Iglesia abierta, cuidadora, cariñosa, osada, libre al estilo de Jesús. Una Iglesia de iguales en la que las mujeres ocupemos también los espacios de decisión, de responsabilidad y de representación eclesial que nos pertenecen por derecho y por Tradición

¿Acaso Dios no quiere la igualdad?

Señor arzobispo: ¿cree usted de verdad que Dios quiere una Iglesia desigual?

Como bien expresó el apóstol Pablo, «no

hay judío ni griego, ni siervo ni libre, no hay varón o mujer porque todos somos uno en Cristo Jesús» (Gal 3, 28).

Que así sea para Gloria de Dios Padre-Madre, Amén.

*Asociación
Mulleres Cristiás
Galegas Exeria*

Entrelíneas

Pepe Laguna



¿Y QUÉ LE DECIMOS A FRANCISCO?

Los moceperos y las moceperas andan inquietos desde que hace unos días supieron que su petición de encontrarse con el Papa había llegado a la mesa de Francisco. Después de muchos esfuerzos y diplomacias vaticanas, un colaborador cercano a Bergoglio ha confirmado que la misiva moceopera está entregada y que, según los usos romanos, la respuesta papal no debería demorarse mucho.

¿Y si el Papa nos reci-

be en el Vaticano?, ¿quién va?, ¿qué le llevamos?, ¿qué le decimos?...

Sea cual sea el orden del día, las últimas reuniones moceoperas incluyen invariablemente estas preguntas. De todas ellas, la más difícil de responder es la última. Tenemos claro que habría

que llevarle una USB con todas las revistas de *Tiempo de Hablar* y a l g u n o s ejemplares de n u e s t r a s «Historias de fe y ternura», para dejar así constancia de tantas vidas entregadas a la



El papa se encuentra con sacerdotes casados y sus familias

causa del Reino... , a pesar de todo. Pero, ¿qué decirle en un breve encuentro?, ¿qué mensaje recoge el momento y el sentir de un movimiento tan plural?

Copio algunas de las respuestas escuchadas en tertulias moceoperas:

1) Hermano Francisco aquí nos tiene (a nosotros y a nuestras familias) para darle nuestro apoyo incondicional en la reforma interna en la que Su Santidad anda batallando. No pedimos nada, venimos simplemente a rezar junto a usted.

2) Santidad elimine ya la obligatoriedad del celibato y cuente con nuestra disponibilidad para volver a ejercer el ministerio sacerdotal allá donde la Iglesia nos requiera.

3) Hermano Francisco venimos a presentarle la vida de comunidades adultas que celebran su fe en una presidencia compartida, y en las que la presencia de un varón ordenado es ya un asunto irrelevante. Nuestro proceso de desclericalización, acompañado y profundizado con nuestras esposas e hijos, ha germinado en «comunidades sacerdotales» que discernen carismas y se dotan a sí mismas de los mi-



nisterios que necesitan. Un modelo de Iglesia para el futuro que nosotros ya disfrutamos. ¡No tarden en llegar!

4) Santidad, exigimos que se reconozca el sufrimiento infligido a hombres y mujeres de buena voluntad que han vivido con sana fidelidad a vocaciones evangélicamente compatibles: sacerdotal y familiar; y que por ello han sido castigados por una Iglesia mezquina y pastores inmisericordes. Se nos debe una petición de perdón.

5) No deberíamos haber pedido ningún encuentro. No se nos ha perdido nada en Roma. El Espíritu sopla en comunidades, barrios, asociaciones, etc., en todos aquellos lugares donde se construye y celebra el Reino. Espacios de exclusión

donde verdaderamente huele a oveja y a los que habría que acercarse una Iglesia desclericalizada, humilde y pobre.

¿Rezamos?,
¿reivindicamos?,
¿proponemos?,
¿exigimos?,
¿guardamos silencio?...

Puede ocurrir que el encuentro quede en agua de borrajas y no llegue a producirse, pero mientras que eso no ocurra os animo a coger un cántaro lleno de leche sobre vuestra cabeza y fantasear camino a Roma:

¿y tú?,
¿qué le dirías tú al Papa?

CARTA A FRANCISCO

Hermano Francisco:

Hace tiempo que estamos buscando la ocasión de encontrarnos con usted para conversar y reflexionar sobre nuestra vida, nuestra fe y nuestros retos.

Este año hace ya cuarenta que echó a andar en España el Movimiento pro celibato opcional (Moceop), al cual pertenecemos muchos sacerdotes casados y sus familias, mujeres, sacerdotes en ejercicio en distintas ocupaciones pastorales y otros creyentes que han sintonizado con nuestros proyectos.

Moceop es un grupo de creyentes en Jesús de Nazaret, surgido en torno al fenómeno de los curas casados y a las esperanzas de renovación originadas por el concilio Vaticano II.

Nuestras apuestas han sido visibilizar, acoger y acompañar a los sacerdotes casados perdidos en el silencio y el recuerdo eclesial y a otras personas, sobre todo, mujeres y niños, víctimas del celibato impuesto; reivindicar que el celibato sea opcional, ya que el sacerdocio y el matrimonio son compatibles; desclericalizar el ministerio, pasando del binomio clérigos-laicos al de ministerios-comunidad; luchar por la plena igualdad de la mujer en la Iglesia y en la sociedad; ayudar al surgimiento de una Iglesia renovada, más



cercana y cálida, sobre todo para los más desfavorecidos y colaborar en las causas justas (ecología, solidaridad, derechos humanos, esperanza, sentido de la vida) para transformar nuestra tierra en un mundo más humano y solidario.

Llevamos acumuladas muchas experiencias personales, vividas en pequeñas comunidades de base y otras colectivas a nivel internacional a través de la Federación Internacional de Curas Casados y sus familias, de la que formamos parte, encontrándonos en ella con hermanas y hermanos de Europa y América latina, sobre todo, y compartiendo nuestras luchas y esperanzas. En esa lucha y esperanza evangélicas coincidimos muchas veces con Jerónimo y Clelia, compatriotas y amigos suyos y testigos y animadores nuestros.

Todo este bagaje humano, espiritual y comunitario está recogido en una amplia documentación de libros, revistas, videos... que quisiéramos entregarle personalmente, para que lo conozca de cerca y, a la vez, sirva de utilidad eclesial y de recuerdo permanente en los archivos vaticanos.

En nombre del movimiento, cuya representación me han concedido los integrantes del mismo, le envío esta carta solicitándole una audiencia-entrevista fraternal junto a otros creyentes del grupo para conocernos, hablarnos y rezar juntos.

Abrazos fraternos
Getafe, 12 de abril de 2017
Fdo/ Teresa Cortés García
Coordinadora general de Moceop

Las direcciones de contacto son estas:

Teresa Cortés García:

- CORREO POSTAL: c/ García Lorca, 47 - 28905 - GETAFE -Madrid-España
- CORREO ELECTRÓNICO: almaruecha@gmail.com
- TELÉFONOS: 916 821 087 - 654 607 406

Testimonio



Kike Saez Palazón

MI EXPERIENCIA: OPORTUNIDAD, DON Y MISIÓN

Ya ha pasado más de un año desde que un servidor y mi esposa llegáramos a Shanghái, aquí nació hace cuatro meses nuestro hijo Francisco Kaichen, tal vez la experiencia más plena que haya tenido y la más relevante sin lugar a dudas sobre el sentido y el significado profundo de la vida.

Muchas cosas han pasado en este tiempo, en un cambio de escenarios, vertiginoso y a la vez fascinante. Imaginen, yo me encontraba por las selvas de Petén ejerciendo mi ministerio sacerdotal y ahora camino con una guitarra a la espalda por las calles del Bund o en mi barrio de Jing An Temple. Y sin embargo en todo este viaje por diferente que

pueda parecer siento una continuidad, de esa continuidad interior que tiene que ver con «la llamada» y la «misión» que les quiero compartir en este artículo y dialogar.

Me es más fácil entrar en materia lanzando, lanzándome, algunas preguntas para con la ayuda de ellas comenzar a aterrizar, o a despegar según se mire (en Guatemala, los buenos catequistas utilizaban este tipo de pedagogía de manera muy natural).

¿Se puede ser cura sin ser párroco? ¿Se puede uno sentir diocesano, aun a pesar de la distancia, no digo de la diócesis, ligado al tronco de su propia historia eclesial? ¿Tendrá eso que ver



con la más primaria definición de religión que sobre todo es raíz e inserción? ¿Puedo hablar de mi ministerio sacerdotal en presente y no en pasado? ¿Tiene que ver algo «la autenticidad» con el seguimiento de Cristo? ¿Puedo hablar de mi actual situación vital en continuidad y no en ruptura con la anterior? ¿Puedo hacerlo desde la alegría, el kairos, y no desde un supuesto «abandono vocacional»? ¿Puedo decir que todo lo que he vivido me ha hecho mejor «creyente»? ¿Puedo seguir hablando de disponibilidad pastoral sin entrar en el computo «del tiempo material»?

En este proceso, he descubierto que la sponsalidad de Cristo es primero con la vida y luego con la iglesia, siempre y en la medida que ésta esté insertada y al servicio de la primera, en ese orden, hay que vigilar determinadas teologías «candado» que coaccionan la libertad de Dios.

He percibido a su vez en mí mismo la necesidad de rebajar o controlar el tono parenético de mis afirmaciones, tal vez no lo consigo, es como si uno sin darse cuenta estuviera permanentemente en modo exhortativo, me hace gracia casi decirlo, «modo homilético», lo percibí pasados ya unos meses en una cena con unos amigos aquí en



Shanghai, sin darme cuenta había dado un discurso. Uno siente la necesidad de reconfigurar su propio ministerio desde otra frecuencia y en autentica actitud de escucha. Ayuda a eso la «kenosis» que de por sí ya lleva todo el proceso. Y es en ese viaje que va del presbiterio a la última banca del templo desde donde les quiero transmitir algunas intuiciones.

La primera es que la iglesia necesita de nuevas interacciones entre «el pueblo de Dios» y su clero (entiéndase este último apelativo en un sentido cariñoso, más allá de polaridades). Al final los curas son lo que la gente quiere que sean. La comunidad configura, cuando nos dejamos configurar, claro está. Ciertos juicios severos al «clericalismo» olvidan esto. Necesitamos nuevas relaciones, otra manera de interactuar y de poder caminar juntos.

Segunda intuición, pienso el gran daño que hace a mis compañeros de sacerdocio el dilatar en exceso «le heroicidad del sacerdocio». Ya lo viví en mi etapa de misionero. El cura es diferente,

casi un superhéroe, de mano de esta épica-espiritual y de este «somos distintos» y hasta pueblo de «reyes» viene servida a veces la dinámica de esconder «lo que no se acepta» y una serie de patologías que hacen sufrir a



muchas personas porque no se sienten a la altura de lo que se pide. El cura no puede fallar, el cura no puede deprimirse, porque el cura es diferente.

Ya digo, mucho sufrimiento con nombres y apellidos. ¿Y si el cura «fuera un hombre más» «un doliente más»? recuerdo que mi obispo lo expresó de una manera magistral hace años en una homilía durante la misa crismal: a veces el sacerdote más que parecerse a un águila de altos vuelos se parece a una paloma herida (no tengo la cita literal); esta «dramática» sustitutiva de «una heroicidad artificial» me parece tan hermosa, tan sugerente y a la vez tan evangélica y en consonancia con quién muriera en la cruz, que creo la debiéramos potenciar.

Tercera. La visión pragmática de la vida y recuerden que les hablo desde China, tal vez el pueblo más pragmático sobre la tierra. ¿De qué voy a vivir? La providencia. Los lirios del campo. Dios provee, eso quisiera expresar, quisiera compartirles una experiencia de acompañamiento muy profunda, Dios ayuda, no olvida, siempre está ahí. Ahora me dedico a la música, por casualidades de la vida había estudiado previamente guitarra flamenca en Barcelona

con mi querido profesor Manuel Granados. Se me revela el lado bohemio de la vida, el lado no productivo, poético... Les confieso que para mí ha sido toda una oportunidad pastoral, participo en la vida de la comunidad de la iglesia de mi barrio pero también junto con otros «artistas» (entiéndase esta palabra más allá de un concepto de «divo») creamos la asociación «Arts for Life Shanghai» con actividad en hospitales, asilos, etc... No les cuento más, pero en esta nueva pastoral cada uno aportamos lo que llevamos dentro, hay gente de diferentes nacionalidades y

confesiones. Tal vez la nueva «catolicidad» deba recuperar este sentido universal que va más allá del cerco doctrinal, donde todos podemos trabajar juntos en beneficio del prójimo compartiendo el tejido de nuestra historia con los demás; ya saben las devociones acercan, las doctrinas a veces pudieran separar. Muy difícil a mi manera de ver sin Pentecostés ser hoy «católico» en la gran ciudad. Y hablo de este «otro lado de la vida» no porque uno tenga menos preocupaciones o trabajo que en la vida de antes, sino porque como curas hoy debiéramos buscar esa zona de potencialidad poética para hablar de Dios y con Dios.

Cuarto, la misión, el «sal de tu tierra». Como les decía les escribo desde Shanghai, una ciudad de casi 25 millones de habitantes, como la mitad de la población española, donde antigüedad y modernidad conviven bajo un ecosistema social complicadísimo. En verdad sigo teniendo presente todo lo que aprendí en el curso de misionología que hiciera antes de viajar a Guatemala, cambia que ahora no duermo solo, pero todo lo demás no es tan distinto, las mismas claves de entonces siguen siendo ahora válidas:

aprender el idioma, descubrir los funcionamientos de la cultura, insertarte con humildad y sobre todo como decía un amigo mío, no sentir que llevas el Evangelio sino buscarlo en la gente. Es la misma sensación, Dios ya estaba aquí antes que yo llegara. Hablar del organigrama religioso en China, incluida la complicada situación en la que actualmente se hayan los «cristianos» llevaría más tiempo hacerlo y muchos elementos todavía los desconozco como para emitir un juicio. Pero que el pueblo «chino» es un pueblo al que admiro con grandísimos valores si es algo de lo que ya puedo



dar constancia. «Salir» en cada momento vital puede significar algo distinto, no es mi deseo el de salir de la iglesia, no es ese el tema, pero sí es en cierta forma salir de un círculo o burbuja que se retroalimenta con las mismas fuentes. Es salir de «una seguridad» al comienzo hacia una incertidumbre, pero después a un nuevo escenario donde uno se «redescubre», en salida y misión, no ya tanto para conquistar nada sino para dejarse conquistar un poco, dejándome hablar por Dios y colaborando en lo posible con Él en su obra de salvación.

En uno solo de estos edificios, en el mío sin ir más lejos las casas llegan hasta piso 29H, 232 familias y al lado hay 12 edificios iguales haciendo una especie de patio, multipliquen e imaginen la cantidad de historias, de vidas únicas y singulares, la densidad del tejido vital que se condensa aquí sin tener que ir a ninguna otra parte, gente venida del ámbito rural, el repartidor de «kuaidi», el motorista de «E le ma», la vendedora de baozis, el joven que suspendió el «gaokao», los «meiyou» sin nada, en ese entramado de todos los días, donde evidentemente la realidad me sobrepasa intentar ser humildemente «sal y luz» es un reto y es misión.

Y quinto y último, el carisma. ¿Podemos afrontar la respuesta pastoral a los enormes cambios socio-culturales del mundo moderno con los mismos carismas de siempre? ¿No estará pidiendo el Espíritu nuevos carismas? ¿No los está paulatinamente sugiriendo? ¿No estaremos ahora en un cambio de paradigma pastoral, donde las nuevas funciones o responsabilidades son compartidas en «grupos de Jesús», pequeñas comunidades con plena autonomía eclesial como en los orígenes del cristianismo? En Guatemala acompañé por años a las pequeñas



comunidades de Santa Ana y también desde el Vicariato de Petén hicimos todo lo posible por extenderlas hasta los últimos rincones, incluida el área q'eqchi (indígena); fue nuestra forma de trabajar en la llamada misión continental desde un formato diferente que para nada tenía que ver con el llenar «estadios de fútbol o hacer actos multitudinarios» como creían algunos obispos; pudimos hacer una siembra –y todavía hoy decenas de catequistas la siguen haciendo- a largo plazo. Lo sentí como un don del Espíritu que reconfiguraba ya entonces mi manera de entender el ministerio sacerdotal. Hice lo que había que hacer, acompañar y escuchar; por poner sólo un ejemplo, cuando en la noche la gente llegaba de sus labores y se reunían en torno a la Palabra, había espacio para los testimonios, no había prisas, algunos testimonios eran increíbles, más tarde llegaba la iluminación de la Palabra y el catequista les hablaba, la sintonía entre la Palabra y sus vidas era conmovedora, aquellas noches el catequizado sin lugar a dudas era un servidor, rezábamos juntos, planificábamos, animaba por supuesto y ellos me animaban. Les comparto porque me parece un símbolo sencillo de lo que podría ser el carisma del sacerdote casado con su familia en una comunidad madura.

Pero también y más allá de la experiencia gratificante y evangélica de la pequeña comunidad hoy creo que es necesario dar un paso más, siento que el «cura casado» necesita visibilizarse más en la iglesia y la iglesia debe a su vez colaborar a ello. Nuevas responsabilidades para

un tiempo nuevo y para que en diálogo con la comunidad los curas casados aporten su carisma. Y tienen mucho que aportar. Un carisma, un don que será sin duda un bien para la comunidad eclesial y una nueva presencia para la sociedad.

Iglesia abierta

«SI CUIDAS EL PLANETA, COMBATES LA POBREZA»

Las ONG católicas piden a los poderes públicos escuchar el grito de las víctimas del sistema económico

La campaña anima a todos a «constituirmos en voces que claman a los que detentan el poder de decisión en la política y en la economía, con el que orientan, fijan y condicionan en gran medida nuestro vivir»

A lo largo de los meses de septiembre y octubre, la Campaña SI CUIDAS EL PLANETA, COMBATES LA POBREZA pone en marcha un nuevo ciclo bimestral de sensibilización, que en esta ocasión aborda el punto 7 de su Decálogo Verde, que propone «No supeditarás tu acción a los intereses económicos».

En esta nueva etapa del calendario de sensibilización, que comienza justamente cuando se celebra la II Jornada Mundial de

Oración por el Cuidado de la Creación, las entidades promotoras de la Campaña - Cáritas, CONFER, Justicia y Paz, Manos Unidas y REDES (Red de Entidades para el Desarrollo Solidario)-, vuelven a inspirarse en la encíclica Laudato Si' del papa Francisco, donde se señala que «la política no debe someterse a la economía y ésta no debe someterse a los dictámenes y al paradigma eficientista de la tecnocracia.

Hoy, pensando en el bien común, necesitamos imperiosamente que la política y la economía, en diálogo, se coloquen decididamente al servicio de la vida, especialmente de la vida humana» (LS 189).

En este séptimo principio, la campaña anima a todos a

«constituirmos en voces que claman a los que detentan el poder de decisión en la política y en la economía, con el que orientan, fijan y condicionan en gran medida nuestro vivir».

Para ello, las entidades se dirigen a quienes ejercen el poder en los distintos niveles de la política, la economía, la ciencia y la técnica para exhortarles «a que regresen siempre, en su toma de decisiones, a su nivel y condición de personas y ciudadanos normales, que se despojen de la impersonalidad que supone mirar desde arriba para no perder de vista la perspectiva de lo común».

De manera concreta, Cáritas, CONFER, Justicia y Paz, Manos Unidas y REDES invitan a los poderes públicos a

evitar una visión y práctica distorsionada de la economía, en la que prime la maximización de beneficios a corto plazo y la economía financiera sobre la economía real. Y los insta a corregir una situación donde el interés económico prevalezca sobre el bien común y las finanzas ahoguen a la economía real.

A este respecto, se recuerda que «los creyentes miramos en Jesucristo el camino a seguir para una comprensión cristiana de la realidad, porque a

pesar de que «todo fue creado por Él y para Él» (Col 1,16) se abajó hasta los pies de los más pequeños para vernos y servirnos desde ahí».

En el marco del punto 7 del Decálogo, la Campaña apuesta por superar, como recoge en *Laudato Si'*, el paradigma tecno-económico imperante para recuperar una economía al servicio del ser humano y respetuosa con la creación, una ecología económica capaz de obligar a considerar la realidad de manera más amplia.

Las entidades promotoras de la Campaña recuerdan que en este sistema desorientado donde se suceden las crisis económicas surgen en cada una de ellas, como reacción a sus consecuencias y efectos nunca controlados, voces que apuntan soluciones que no se atienden.

Por ello, se anima a que todos, y especialmente quienes ejercen el poder político y económico, miremos la realidad con la mirada de los otros, que es «una mirada humilde que mira desde abajo».



Manos Unidas

¿QUÉ PUEDES HACER (O DEJAR DE HACER)?

1. Párate a pensar, no tengas miedo, Él está contigo. No supeditarás tu acción a los intereses económicos. Pararse a pensar sobre la potencia transformadora de esta sentencia es un primer paso para cambiar nuestros comportamientos cotidianos y ponerlos al servicio de las personas y del entorno en el que comparten espacio con el resto de criaturas de la Creación. Empezar a pensar y comportarse de otra manera no es una muestra de excentricismo, rebeldía sin causa o amenaza al bienestar. Para los cristianos es simplemente seguir el camino de Jesús.

2. Reflexionar sobre si necesitamos tantas cosas materiales: ¿Tanta ropa? ¿Tantos automóviles en propiedad? ¿Tanta comida que luego acaba en la basura? ¿Necesitamos realmente sustituir un producto de consumo, simplemente porque ha pasado de moda? Liberarse de la esclavitud del consumismo puede ser un buen comienzo para conocernos mejor a nosotros mismos y preguntarnos si el consumo intensivo de cosas de usar y tirar nos hace realmente más humanos o nos pone al servicio de unos intereses económicos que nos son ajenos.

3. Desafía la lógica del pez grande se come al chico, consumiendo en los mercados locales bienes y servicios procedentes de pequeños productores locales. Sentirás la cercanía de las personas que los producen y de la tierra de la que provienen.

4. Consume productos de Comercio Justo. Hay productos como el café, el cacao, el azúcar de caña o el té, que no se producen cerca de nosotros, pero podemos adquirirlos con garantías de que se han producido respetando los derechos de las personas y el medio ambiente.

5. Únete a la banca ética. Hay otra forma de hacer finanzas, apoyando a las iniciativas de la economía real que buscan un desarrollo sostenible de las áreas donde se ubican.

Un Grano de Sal



Pepe Laguna

MISERICORDIA CONFLICTIVA

La misericordia no es patrimonio del cristianismo; muchas tradiciones religiosas, filosóficas y humanistas llevan inscrito en su ADN ético el imperativo de comportarse misericordiosamente con el prójimo. Es precisamente esa pluralidad de motivaciones la que aconseja definir la singularidad de la misericordia cristiana. Las más de las veces, los actos de misericordia de Jesús, lejos de concitar el aplauso unánime de los presentes, culminaban con sonoros enfrentamientos con los representantes de la autoridad. Aplicarle, por tanto, la definición genérica de «hombre misericordioso» es quedarse en una superficialidad homogeneizadora que asimila al Nazareno con cualquier mecenas altruista.

JESÚS, LA MISERICORDIA CONFLICTIVA DEL REINO

En enero de 2016 tres bomberos españoles fueron detenidos en la isla griega de Lesbos acusados de tráfico de personas. Su «delito», rescatar inmigrantes sirios que naufragaban a pocas millas de la costa. Desde su embarcación, estos cooperantes sevillanos prestaban auxilio a hombres, mujeres (muchas de ellas embarazadas) y niños hacinados en pateras a la deriva, y a otros muchos que nadaban exhaustos tratando de no morir ahogados en el Egeo. Una ayuda que, hasta el momento de su detención, había librado del cementerio marino a más de cinco mil personas.

Sorprendentemente, en lugar de agradecer su labor humanitaria, las autoridades europeas les hacían responsables de un presunto delito de tráfico de personas. La bondad incuestionable de su obra de misericordia pasaba a interpretarse bajo el prisma conflictivo de una infracción penal al violar la ley de extranjería que castiga la ayuda a inmigrantes «ilegales».

A mi juicio, esta dinámica paradójica y perversa que transmuta la bondad de una ayuda compasiva en actividad delictiva, caracteriza de manera singular el ejercicio de la misericordia de Jesús. Sus acciones en favor de enfermos y pecadores activaron las alarmas de los «guardacostas imperiales» que vieron en las obras de misericordia del galileo una amenaza para sus leyes de extranjería.

La sociedad suele recompensar a las personas e instituciones que se dedican a ayudar a los demás. Los Premios Princesa de Asturias tienen sus categorías de «Cooperación internacional» y de «Concordia», o los Premios Nobel la suya de «la Paz». A quien ejerce la misericordia se le premia no

se le crucifica; a no ser, claro está, que el ejercicio concreto de la compasión revista dimensiones conflictivas de tal envergadura que movilice los mecanismos punitivos de los órdenes políticos, económicos y religiosos imperantes. Ese es el dinamismo transgresor que encontramos tras la mayoría de las acciones misericordiosas de Jesús. Sin llegar a establecer una relación de causalidad necesaria entre sus acciones a favor de los excluidos y la sentencia de su condena a muerte, no hay duda de que Jesús ejerció la misericordia de un modo conflictivo.

¿QUÉ MISERICORDIA?

Quien define al cristianismo como «la religión del amor» sin relacionar este con el perdón a los verdugos pronunciado desde un patíbulo, corre el peligro de reducir el amor cristiano a un caldo espeso en el que caben todos los significados, desde los más sublimes y heroicos, hasta los más cursis y perversos. Parafraseando el texto evangélico sobre el amor a los enemigos en el que Jesús reclama a sus discípulos un *plus* sobre las acciones bondadosas de los publicanos («Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos?» Mt 5,46), el ejercicio de la misericordia que pide Jesús también va más allá del imperativo ético de socorrer al prójimo -exigencia que compartimos con toda la humanidad- y reclama el *plus* de una misericordia cómplice con la suerte de los crucificados del sistema y combativa contra las causas estructurales que generan su exclusión; una misericordia cristiana inevitablemente conflictiva.

No se equivocan quienes se refieren a Jesús como el hombre de la misericordia, aquel que sentía compasión por las multitudes (*misereor super turbam*, cf. Mc 8,2), basta abrir cualquier evangelio para encontrarlo curando enfermos, dando de comer, calmando la sed, perdonando, etcétera; sin embargo, paradójicamente el retrato robot que destilan esas acciones no es el de un modelo de vida virtuosa. Las más de las veces, sus actos de misericordia lejos de concitar el aplauso unánime de los presentes, culminaban con sonoros enfrentamientos con los representantes de la autoridad. Aplicarle, por tanto, la definición genérica de «hombre misericordioso» es quedarse en una superficialidad homogeneizadora que asimila al Nazareno con cualquier mecenas altruista. No se trata de negar el carácter directamente bondadoso de las acciones de Jesús haciendo de él un *enfant terrible* que buscaba epatar a su audiencia con cada una de sus acciones, pero si eliminamos el desafío religioso y político que generaron sus actos de misericordia quedarían sin justificar las razones históricas de su condena a muerte. ¿Por qué y cómo aquel profeta galileo que alababa la belleza de los lirios, curaba dolencias y jugaba con los niños llegó a convertirse en un agitador político acusado de un delito de Estado?

UNA MISERICORDIA EN EL HORIZONTE DEL REINO

La función catalizadora del relato del Éxodo en el Antiguo Testamento es retomada por el anuncio del Reino de Dios en los evangelios. El anuncio de

la intervención de Dios como soberano de la historia al que Jesús se dedicó en cuerpo y alma marcan la clave interpretativa de sus obras de misericordia. Para entender la verdadera naturaleza de la misericordia de Jesús es esencial situarla en el horizonte del Reino de Dios.

Se explicito o no, el Reino de Dios constituye el referente último de todos los relatos evangélicos. La expresión «El Reino de Dios se parece a...» o sus equivalentes: «¿A qué compararemos el Reino de Dios», «El Reino de los cielos es como...»¹ con la que se inician muchas parábolas, podría encabezar cualquiera de los actos o dichos de Jesús recogidos en el Nuevo Testamento. Los evangelios pueden considerarse metaparábolas sobre el Reino. Es en el contexto del Reino donde las acciones milagrosas de Jesús cobran todo su significado. Curar enfermos, resucitar muertos o liberar endemoniados son signos de la presencia del Reino de Dios: «Si yo por el Espíritu de Dios echo fuera a los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el Reino de Dios» (Mt 12,28). Los evangelios sinópticos utilizan el término *dynameis* (poder/fuerza) para referirse a los milagros de Jesús, Juan prefiere hablar de *semeion* (señal); tanto una expresión como la otra ponen de manifiesto que las acciones extraordinarias de Jesús son signos de la irrupción del Reino de Dios en la historia².

Las obras de misericordia han de leerse en el contexto del Reino que Jesús proclama y anticipa. Esto no supone en modo alguno hacer una interpretación utilitarista de la misericordia para convertirla en una estrategia al servicio del Reino. La razón primera y última de toda acción misericordiosa es la respuesta compasiva ante el

¹ Mateo, en su reparo judío de preservar el nombre de Dios, preferirá hablar de «reino de los cielos».

² G. E. LADD, *Teología del Nuevo Testamento*. Barcelona, Clie, 2002, p. 388: «[En los evangelios sinópticos,] los milagros de Jesús suelen ser descritos como «actos de poder» (*dynameis*), término que no se encuentra en Juan. A veces los evangelios sinópticos hacen referencia a los milagros de Jesús como «obras» (Mt 11,2; Le 29,19), y utilizan la palabra *semeion* para referirse a ellos (Mt 12,38-39; 16,1-4; Le 23,8). Sin embargo, en los sinópticos, los milagros juegan un papel diferente al del evangelio de Juan. En ellos, *dynameis* son actos de poder que ponen de manifiesto la irrupción del Reino de Dios en la historia. Los milagros de Jesús no son pruebas externas de sus afirmaciones, sino, y fundamentalmente, actos con los que establece el Reino de Dios y derrota el reino de Satanás. En Juan, los milagros son obras poderosas que reivindican a la persona y la misión de Jesús y ponen de manifiesto la presencia del Dios que los hace, en las palabras y las acciones de Jesús».

sufrimiento ajeno interiorizado como propio. No hay -¡no debería haberlo!- más motivo para actuar compasivamente que el imperativo categórico de curar las heridas de los hombres y mujeres apaleados que nos encontramos en las cunetas de los caminos³. Toda motivación espuria que convierta la misericordia en medio para cualquier otro fin, por más bondadoso que se presente, pervierte la naturaleza de la misma. Dicho esto, una correcta lectura de la misericordia jesuánica exige vincularla al anuncio del Reino de Dios.

El relato mateano del denominado Juicio Final muestra claramente el carácter finalista de la misericordia. Cuando el grupo de los que han sido puestos a la derecha preguntan sorprendidos: «Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te dimos de comer o con sed y te dimos de beber?, ¿Cuándo llegaste como extranjero y te recogimos o desnudo y te vestimos?, ¿cuándo estuviste enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?» (Mt 25,37), están poniendo de relieve el carácter altruista de esas acciones. No se ejerce la caridad con el afán propagandístico de aumentar el número de fieles a la causa del Reino, sino movidos solo por el intento de aliviar el sufrimiento ajeno.

Sin negar las motivaciones creyentes que animan la práctica de la misericordia y sin exigir ocultar identidades religiosas, conviene advertir que, en el horizonte del Reino, la misericordia es incondicional, no esconde ninguna factura a cobrar debajo de la manga. De los diez leprosos que, según el evangelio de Lucas, Jesús cura entre Samaría y Galilea, solo uno de ellos vuelve para agradecerse a Dios. La misericordia cumple así su objetivo altruista: «todos quedaron limpios», y el conflicto - ¡cómo no!- surge porque precisamente aquel que regresa agradecido es un samaritano extranjero e infiel a quien Jesús presenta como modelo de fe:

De camino hacia Jerusalén, Jesús pasaba entre Samaría y Galilea. Al entrar en una aldea, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se

detuvieron a distancia y comenzaron a gritar:

—Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros.

Él, al verlos, les dijo:

—Id a presentaros a los sacerdotes.

Y mientras iban de camino quedaron limpios.

Uno de ellos, al verse curado, volvió alabando a Dios en alta voz, y se postró a los pies de Jesús dándole gracias. Era un samaritano.

Jesús preguntó:

—¿No quedaron limpios los diez?

¿Dónde están los otros nueve?

¿Tan sólo ha vuelto a dar gracias a Dios este extranjero?

Y le dijo:

—Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

Lc 17,11-19

UNA MISERICORDIA «POLÍTICA»

El horizonte de Reino dota a las obras de misericordia de una intencionalidad política que otros acercamientos morales y sapienciales no tienen. Jesús no fue un filósofo con una propuesta de vida prudente y feliz, sino un profeta mesiánico convencido de la intervención soberana de Dios en la historia. Dios actuará definitivamente en la historia y lo hará estableciendo su reinado, esa es la síntesis nuclear de su mensaje: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,14-15).

Entre la variedad de denominaciones sobre la divinidad que Jesús podía haber utilizado para anunciar la Buena Noticia: Creador, Liberador, Juez, Señor, Sabiduría, etc., el profeta galileo recurre a una expresión política: Dios Rey. Con su «opción lingüística», Jesús se sitúa pretendidamente en el ámbito de la religión política. Una elección que, en palabras de Rafael Aguirre, no se ha tenido suficientemente en cuenta por los estudiosos, pero

³ J. SOBRINO, «La Iglesia samaritana y el principio-misericordia», en *El principio misericordia*. El Salvador, UCA, 1993, p. 33: «[La misericordia,] a) es una acción o, más exactamente, una re-acción ante el sufrimiento ajeno interiorizado, que ha llegado hasta las entrañas y el corazón propios [...]; y b) que esta acción es motivada solo por ese sufrimiento».

que «es muy importante, porque las palabras que se usan no son etiquetas indiferentes o arbitrarias, sino que implican privilegiar determinadas experiencias al mismo tiempo que se contribuye a configurarlas y fomentarlas»⁴.

Que Jesús utilizó intencionadamente la expresión Reino de Dios queda atestiguado por el hecho de que, salvo en una sola línea del Antiguo Testamento (Sabiduría 10,10), siempre aparece vinculada a su persona. La soberanía de Dios sobre la historia es una constante bíblica; que Dios se inmiscuya en el devenir histórico no supone ninguna novedad teológica. La experiencia fundante de la religión judía es que Dios ha intervenido en la historia liberando a su pueblo de la esclavitud egipcia. Pero no sólo tuvo esa intervención puntual, el Dios que liberó al pueblo a través de Moisés será el mismo que ayudará a Gedeón a vencer a los madianitas con solo trescientos hombres (Ju 7), y a David, apenas niño, a derrotar a Goliat armado con una honda y cinco piedras (1Sam 17,32-54). Con la instauración de la monarquía, Dios seguirá interviniendo a través de sus reyes: David, Salomón, etc. Incluso actuará a través de monarcas extranjeros como Ciro, fundador del imperio persa, que liberará al pueblo de su destierro babilónico permitiéndole volver a Palestina (Esd 1).

Jesús no inventa una teología novedosa, Dios siempre ha intervenido en la historia, pero al elegir una expresión tan especializada dota a su mensaje de una clara finalidad política:

El anuncio de Jesús del Reino de Dios implica una crítica de la teología imperial que no podía pasar desapercibida a sus contemporáneos. [...] Erigir a

Dios en el único absoluto y proclamar su reinado era, sin duda, criticar al emperador y su poder. [...] Puede parecer peligroso decirlo, y la distancia cultural nos debe hacer muy cautos a la hora de entenderlo, pero es indudable que en aquel tiempo y en Israel la expresión «Reino de Dios» implicaba un ideal político teocrático⁵.

Mediante sus acciones, Jesús se presenta claramente como alguien que cambia el gobierno del mundo y de las vidas de los hombres y las mujeres de Palestina del siglo I. Reemplaza el opresivo dominio de Satán por el dominio liberador de Dios⁶.

Llama poderosamente la atención cómo un anuncio tan central para Jesús, desaparece ya en la proclamación de las primeras comunidades cristianas. A la explicación hermenéutica generalmente aducida por los especialistas de que cuando el mensaje cristiano sale del ámbito de la religión judía y comienza a dialogar con la cultura griega circundante, la expresión bíblica «reino de Dios» resulta incomprensible y por eso deja de utilizarse, se suele añadir una razón teológica que busca neutralizar la dimensión política del Reino: con la muerte y resurrección de Jesús la historia queda definitivamente transformada y, por tanto, no hay cambio político que alentar⁷.

En el salto de la religión política de Jesús a la religión doméstica de Pablo, las obras de misericordia pasan a leerse en clave moral-sapiencial como consejos de vida ejemplar válidos para toda persona despojándolas así de su desafío político implícito.

En la comprensión teológica tradicional de las

⁴ R. AGUIRRE, *Ensayo sobre los orígenes del cristianismo. De la religión política de Jesús a la religión doméstica de Pablo*. Estella, Verbo Divino, 2001, p. 13.

⁵ *Ibid.*, pp. 15-16.

⁶ Cf. G. BALDERAS VEGA, *Jesús de Nazaret. Una recuperación de su historia desde los evangelios sinópticos*. México, Universidad Iberoamericana, 2002, p. 59.

⁷ Este es el desplazamiento espiritualista que, según Heikki Raisanen, se percibe claramente en los escritos paulinos: «Pablo no parece abiertamente preocupado por los problemas de la opresión y de los regímenes injustos de este mundo. A diferencia de los visionarios del Apocalipsis, una especie de cos-mopolitas de clase media, no experimenta el dominio romano como algo de lo que urja liberarse. Puede que, como Filón, haya incluso neutralizado las esperanzas mesiánicas de Israel para este mundo. Los disturbios sociales no son deseables (¡Rom 13,1-7!); sus textos no reflejan opresión social o política alguna. Pablo no tiene problemas con la teodicea, salvo en otro nivel, el de la elección de Israel: Rom 9-11. A diferencia de la tradición de Jesús, a Pablo no parece importarle la liberación de la enfermedad y de la pobreza». Cf. H. RAISANEN, *El nacimiento de las creencias cristianas*. Salamanca, Sigueme, 2011, pp. 155-156.

bienaventuranzas es fácil advertir esta deriva moralizante de las obras de misericordia. Aislados del contexto del Reino, pobreza, mansedumbre, limpieza de corazón o trabajo por la paz (cf. Mt 5,3-10) se presentan como ideales de vida virtuosa cuyo máximo conflicto político es determinar si la pobreza es una virtud elegida a fomentar o un mal padecido a combatir. Es en el horizonte del Reino donde las bienaventuranzas despliegan su entraña conflictiva: los pobres, los hambrientos, los afligidos, los odiados por causa de Jesús, tienen a Dios por rey; y él, poniéndose de su parte, va a cambiar su suerte.

Jerome H. Neyrey circunscribe el conflicto de las bienaventuranzas a los seguidores y seguidoras de Jesús, y más concretamente a las tensiones surgidas en el ámbito familiar. Según él, la versión más arcaica de los *macarismos* (bendiciones) estaría referida a aquellos que habiendo abandonado sus familias para integrarse en el grupo carismático de Jesús, vivirían una situación de desamparo social marcada por la provisionalidad y la persecución. Los dichosos y las dichosas, serían seguidores de Jesús que en su situación precaria confiaban en la promesa del Reino⁸.

Se refieran al ámbito doméstico o al político, las bienaventuranzas se presentan como una alternativa y una amenaza al ordenamiento social imperante. La versión lucana de las bienaventuranzas refleja claramente esta tensión, cada una de las promesas a los más desfavorecidos (Dichosos vosotros...) va acompañada de una amenaza a los satisfechos (Ay de vosotros...), estableciendo así una relación dialéctica entre Reino y anti-reino inscrita en el corazón mismo de la conflictiva misericordia de Jesús.

Entonces Jesús, mirando a sus discípulos, se puso a decir:

Dichosos los pobres, porque vuestro es el reino

de Dios.

Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque Dios os saciará.

Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis. Dichosos seréis cuando los hombres os odien, y cuando os excluyan, os injurien y maldigan vuestro nombre a causa del Hijo del hombre.

Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo; que lo mismo hacían sus antepasados con los profetas.

En cambio, ¡ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo! ¡Ay de los que ahora estáis satisfechos, porque tendréis hambre!

¡Ay de los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!

¡Ay, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros, que lo mismo hacían sus antepasados con los falsos profetas!

Lc 6,20-26

Los exegetas neotestamentarios coinciden en afirmar que los términos hebreos y griegos utilizados para hablar de pobres, hambrientos e infelices en las bienaventuranzas de Lucas o Mateo se refieren a situaciones estructurales, no a desgracias puntuales. Los pobres (*ptojoí*) son aquellos que deben mendigar para vivir, cuya vida depende de otros. «Famélicos» traduciría mejor el término griego (*peinontes*) que hace referencia a los hambrientos, se trata de un hambre profundo y prolongado. Y el llanto no se identifica con una pena pasajera sino con un sufrimiento profundo fruto de una marginación permanente. Frente a estas situaciones de indigencia estructural, los ricos, satisfechos y felices son aquellos que poseen grandes bienes materiales, los que están hartos y plenamente satisfechos, y los privilegiados que olvidan el sufrimiento ajeno⁹. Situaciones estructurales de pobreza y riqueza, hambre y saciedad, sufrimiento y autosatisfacción,

⁸ Para Jerome H. Neyrey, la situación de pobreza, aflicción y persecución que reflejan las bienaventuranzas es el resultado de haber sufrido el ostracismo del propio grupo familiar y, por tanto, de haberse quedado sin fuente de recursos y sin lugar en la comunidad (cf. J.

⁹ Cf. G. GUTIÉRREZ, «Pobres y opción fundamental», en I. ELLACURÍA / J. SOBRINO (dirs.), *Mysterium liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación* I. Madrid, Trotta, 1994, pp. 311-312.

llamadas a revertirse cuando Dios instaure su reinado sobre la historia.

La misericordia evangélica se sitúa más allá del ámbito moral, no busca premiar a pobres virtuosos y castigar a ricos codiciosos. Parte de una denuncia previa a cualquier acción: la mera existencia de riqueza en un contexto de pobreza generalizada es una situación escandalosa que exige ser cambiada:

Como dirá Jon Sobrino:

Aunque por hipótesis la coexistencia de ricos y pobres no se debiese a la injusticia, el hecho de esa coexistencia en sí misma expresa una monumental debacle y un fundamental fracaso de la familia humana¹⁰.

UNA MISERICORDIA MÁS ALLÁ DEL ASISTENCIALISMO

La dimensión política de la misericordia del Reino permite traspasar el momento asistencialista de la reacción caritativa. Conviene acabar de una vez por todas con la antítesis maniquea entre respuestas asistencialistas y estructurales, cuestionando las primeras y divinizando las últimas. El tópico de que es preferible enseñar a pescar en lugar de proporcionar directamente los peces es solo una verdad a medias. Hay situaciones de emergencia que requieren una respuesta asistencial inmediata. Cuando una catástrofe natural castiga a una población, lo urgente es facilitar alimentos, montar hospitales de campaña y construir plantas potabilizadoras. El problema viene cuando pasados los efectos de la devastación se sigue ofreciendo una ayuda que perpetúa la tragedia y desresponsabiliza a gobernantes.

Misericordia es banco de alimentos, misericordia conflictiva es soberanía alimentaria; misericordia es albergue para transeúntes,

misericordia conflictiva es derecho a una vivienda digna; misericordia es acogida al inmigrante, misericordia conflictiva es derecho de asilo. Detenerse en el momento asistencial es truncar el éxodo político de una misericordia conflictiva y plantar la tienda en una misericordia políticamente correcta muy del agrado del faraón.

UNA MISERICORDIA QUE DESPLAZA FRONTERAS

A Jesús no lo mataron por ser bondadoso, lo ejecutaron porque sus obras de misericordia cuestionaban las «leyes de extranjería» que delimitaban las fronteras entre lo puro y lo impuro, entre el nosotros y el ellos, entre el prójimo hermano y el extranjero enemigo, entre la obediencia a la ley que favorece la paz social y la objeción de conciencia que antepone el sufrimiento a la norma. Esa es la misericordia «fronteriza» y conflictiva de Jesús.

Jesús fue un judío doctrinalmente ortodoxo con unas prácticas heréticas, y es en el quicio de esa disonancia desde el que cobra sentido la tensión social, religiosa y política que generaban sus actos de misericordia. Su enseñanza no suponía ninguna novedad doctrinal con respecto a los discursos religiosos dominantes de la época. Escribas, fariseos y saduceos coincidían con él en la afirmación de un Dios clemente, justo y bueno. Su misión era entendida y vivida en clave profética y, por tanto, la insistencia en la inseparabilidad entre el culto a Dios y la justicia para con los demás no difería de los discursos de los profetas veterotestamentarios. Lo que generó un conflicto insalvable fue el cuestionamiento del «buen nombre de Dios» -y el ordenamiento religioso que lo sustentaba- a partir de sus obras de misericordia; la herejía de sus acciones fue la piedra de escándalo que le llevó a la muerte en cruz.

El teólogo Christian Duquoc utiliza el ejemplo de la curación del hombre de la mano paralizada

¹⁰ J. SOBRINO, «Jesús y la justicia. Reflexiones para Occidente», en *El seguimiento de Jesús*. Madrid, Fundación Santa María, 2004, p. 206.

(Mc 3,1-6) para explicitar la tensión teológica y política latente detrás de las acciones de Jesús¹¹. Un sábado en la sinagoga, todos estaban al acecho para ver si curaba al hombre del brazo atrofiado. En ese contexto temporal (sábado) y local (sinagoga), Jesús lanza una pregunta: «¿Qué está permitido en sábado: hacer el bien o hacer el mal; salvar una vida o matar?». Si el debate se hubiese mantenido en un nivel doctrinal la respuesta habría sido unánime: «Dios es misericordioso, hay que hacer el bien». Sin embargo, los fariseos guardan silencio porque solidarizarse con la curación concreta realizada por Jesús supondría ir en contra de la santificación del día del sábado (cf. Éx 20,8) con el consiguiente desmoronamiento del orden religioso y social.

Cuestionar la «frontera del sábado» suponía poner radicalmente en entredicho el valor de las mediaciones religiosas, la legitimaciones de la diferencia de clases, y, en último término, los cimientos del propio Estado judío. Los milagros de curación no solo acaban con el sufrimiento personal del que padece la enfermedad, sino que al eliminar el estigma marginalizador que expulsa al impuro fuera de la convivencia social obliga a desmontar las fronteras para poder readmitirlo. Los milagros no son importantes solo en cuanto supuesta ruptura de las leyes de la naturaleza, sino en cuanto ruptura de las leyes «cosmomorales» que legitiman el sufrimiento convirtiéndolo en merecido castigo. La cuestión de fondo no es si rescatar a los naufragos del Egeo es bueno o malo, políticos de todo signo coincidirían en que el deber de socorro es prioritario, el conflicto se genera cuando al rescatar a la víctima le estamos dando carta de ciudadanía. Esto es, cuando la obra de misericordia se lleva por delante «la frontera» que diferencia entre personas legales e ilegales.

En la irreverente película *La vida de Brian* hay una escena en la que un «ex-leproso» pide limosna a los viandantes. Interrogado sobre lo extraño de su condición de «ex», el personaje explica

quejoso que tras ser curado por Jesús ya no puede seguir ganándose la vida como enfermo. El humor sarcástico de la secuencia muestra plásticamente las implicaciones sociales de los milagros de Jesús, el leproso no solo es liberado de su enfermedad sino que es rescatado de su condición de excluido; ya no puede vivir de la limosna porque ya no pertenece al margen. Jesús le restituye a su condición de puro y le reincorpora la vida social.

El «desplazamiento de fronteras» fue novedoso y conflictivo hasta para el propio Jesús. El pasaje evangélico en el que una mujer pagana reclama insistentemente el auxilio de Jesús para liberar a su hija poseída por un espíritu inmundo (Mt 15,21-28), muestra claramente cómo este tuvo que transitar desde un mesianismo entendido en clave nacionalista hacia una salvación universal que, sorprendentemente, no hacía acepción de personas. La mujer cananea saca a Jesús de sus casillas ideológicas («Me han enviado solo para las ovejas descarriadas de Israel» 15,24) para hacerlo confesar que la misericordia divina también se derrama sobre los gentiles: «¡Qué grande es tu fe, mujer! Que se cumpla lo que deseas. En aquel momento quedó curada su hija» (15,28).

El mismo descubrimiento de un Dios transgresor de fronteras étnicas y religiosas que tiempo después descentraría también a las primeras comunidades cristianas. La polémica por la imposición de la circuncisión y el cumplimiento de las prescripciones alimenticias judías para los que se incorporaban al grupo de los seguidores de Jesús, concluye con la revelación insólita de un Dios que se sitúa más allá de sus «propias» leyes: «Pedro tomó la palabra: Realmente voy comprendiendo que Dios no hace distinciones, sino que acepta al que le es fiel y obra rectamente, sea de la nación que sea» (Hch 10,34-36).

Cuando se proclama al hombre señor del sábado (Mc 2,27-28) y se antepone el alivio del sufrimiento a cualquier normativa religiosa, legal, política o moral, se abre la puerta a una misericordia

¹¹ Cf. Ch. DUQUOC, *Dieu différent. Essai sur la symbolique trinitaire*. Paris, Cerf, 1978.

«anárquica» que no todo sistema está dispuesto a tolerar. Las autoridades religiosas del tiempo de Jesús fueron muy lúcidas al advertir las consecuencias desestabilizadoras de sus prácticas y doctrina:

Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron una reunión del sanedrín. Se decían:

—¿Qué hacemos? Este hombre está realizando muchos signos. Si dejamos que siga actuando así, toda la gente creerá en él. Entonces las autoridades romanas tendrán que intervenir y destruirán nuestro templo y nuestra nación.

Uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo sacerdote aquel año, les dijo:

—Estáis completamente equivocados. ¿No os dais cuenta de que es preferible que muera un solo hombre por el pueblo, a que toda la nación sea destruida? Jn 11,47-50

MISERICORDIA Y JUSTICIA

La división moderna entre asistencialismo y cambio de estructuras que alinea las obras de misericordia con la beneficencia inmediata y la justicia con respuestas políticas a largo plazo, es ajena a la mentalidad bíblica. Misericordia y justicia comparten la misma tensión escatológica, ambas se proyectan hacia un horizonte último. En muchos pasajes bíblicos aparecen como términos intercambiables: «Practica la justicia, ama la misericordia y camina humildemente con tu Dios» (Mi 6,8); «Dios es clemente y justo; nuestro Dios es compasivo» (Sal 116,5); «El Señor espera para apiadarse de vosotros; aguanta para tener misericordia; porque Dios es justo: bienaventurados todos los que confían en él» (Is 30,18). En esa misma línea, el profeta Jeremías no dudará en vincular el conocimiento de Dios con la práctica de la misericordia, al recordarle al rey el fundamento de su éxito:

*¿Piensas que eres rey
porque compites en cedros?
Si tu padre comió y bebió y le fue bien,
es porque practicó la justicia y el derecho;
hizo justicia a pobres e indigentes,
y eso sí que es conocerme —oráculo del Señor—.
Jer 22, 13-16*

Dos son los términos bíblicos que se utilizan para referirse a la justicia: *mishpat* y *tzedaká* (*tzedek*). La *mishpat* hace referencia a la justicia como adecuación a un ordenamiento legal, y estaría relacionada con conceptos tales como orden, equidad, legalidad... La *tzedaká* tiene que ver con la virtud de la persona justa, esto es con la rectitud. La justicia legal exige la neutralidad de un juez inmovible, mientras que la rectitud no es incompatible con la complicidad.

En el hebreo tardío *tzedaká* sera asociada a *josed* (misericordia): Jer 9,29; Sal 36,11. La rectitud del Dios bíblico está siempre relacionada con una justicia tocada de misericordia (*josed*). Dios no es un juez impasible que aplica ciega y rígidamente una justicia equitativa (*mishpat*); Dios es justo (*tzedaká*) y por eso su justicia es siempre parcial a favor del necesitado. La justicia divina mira más la misericordia que la legalidad.

Según el rabino Esteban Veghazi, en la época de Jesús, las palabras justicia y misericordia habían perdido su significado original de solidaridad completa y total. En la Palestina del siglo I, «la justicia se diluía en beneficencia, o eventualmente en limosnas, y la solidaridad nacional en misericordia, a veces para buscar la salvación personal. Por eso prefirió Jesús la moneda de la mujer pobre que el oro del rico, porque la moneda era el testimonio de la solidaridad total, mientras el oro del rico no era sino limosna. Como los profetas, así también Jesús sabía que la limosna no es una solución para los problemas éticos o sociales. En este sentido decía a sus discípulos: «Si vuestra justicia no es mayor que la de los fariseos, jamás entraréis en el Reino de los cielos» (Mateo 5,20)»¹².

¹² En <http://www.veghazi.cl/biblia/biblia5.html>.

MISERICORDIA Y CUIDADO

En determinados pasajes bíblicos, la misericordia divina se manifiesta bajo la forma de consolación y, más concretamente, de cuidado materno:

*Yo haré correr hacia ella (Jerusalén),
como un río, la paz;
como un torrente desbordado
la riqueza de las naciones.
Amamantarán en brazos a sus criaturas
y las acariciarán sobre las rodillas.
Como un hijo al que su madre consuela,
así os consolaré yo a vosotros,
y en Jerusalén seréis consolados.
Is 66,12-13*

Si el estereotipo patriarcal no fuera tan determinante en la imposición de los roles del cuidado y del servicio sobre el género femenino, no habría dudado en titular este epígrafe como «misericordia «femenina». Desgraciadamente se trata de una atribución cultural que ha servido para relegar a la mujer al ámbito del cuidado doméstico frente al político dominado por los varones. Un papel privado considerado secundario al servicio del protagonismo masculino centrado en la gestión de la cosa pública. Pero si fuéramos capaces de ir más allá de los clichés de género, deberíamos agradecer a las mujeres el haber sido depositarias y transmisoras de una larga tradición del cuidado que está llamada a fecundar las prácticas misericordiosas de unos y otras. El cuidado es un gran poder femenino; como sostiene Lucía Ramón, el auténtico poder de las mujeres, que todavía no ha sido suficientemente reconocido, es el haber sido arquitectas de lo más humano en la persona. Ellas han sido y son las principales constructoras de dignidad y comunidad:

*Las vidas de las mujeres se han distinguido
no sólo por su capacidad de transmitir la vida,
biológicamente hablando,
sino de alimentarla y cuidarla, lo cual es un
poder social y cultural. Aunque nuestra cultura
haya menospreciado el papel de la mujer,
este poder nutricional es formidable¹³.*

Amamantar en brazos a sus criaturas y acariciarlos sobre las rodillas, dibujan una misericordia divina que rompe con la eficacia generalmente asociada a los varones que buscan resolver expeditivamente el sufrimiento sin acompañarlo. El gesto materno de la misericordia se torna conflictivo en contextos patriarcales de eficacia.

Desde la perspectiva *queer* («raro»), el teólogo Halvor Moxnes sugiere que tanto las acciones como el mensaje de Jesús sobre el Reino cuestionaban los códigos patriarcales dominantes¹⁴. ¿Qué padre es ese que en lugar de guardar la compostura exigible a un varón adulto y recriminar duramente al hijo pródigo que regresa implorando perdón se le echa al cuello y lo cubre de besos? (Lc 15,20). O qué decir de esos hijos como Juan y Santiago que abandonan sus obligaciones familiares para irse detrás de un Jesús sin oficio ni beneficio, deshonorando así a un padre al que dejaban solo trabajando en la barca y cuya autoridad quedaba en entredicho (Mt 4,21-22)¹⁵.

Resulta llamativo que, en su anuncio «político» del Reino de Dios, Jesús apenas utilizaba imágenes imperiales en comparación con la ingente cantidad de referencias familiares. Más que de Dios-rey hablaba de Dios-padre y más concretamente de un padre preocupado por las necesidades domésticas de sus hijos («Danos hoy nuestro pan de cada día» Mt 6,11), un Abbá (papaíto) cuidador. La misericordia del cuidado encuentra hoy en las teologías feministas y ecofeministas una llamada de atención para no olvidar que justicia y cuidado han de ir siempre de la mano.

¹³ L. RAMÓN, *Mujeres de cuidado. Justicia, cuidado y transformación*. Cuaderno 176. Barcelona, Cristianismo y Justicia, 2011, pp. 11-12.

¹⁴ H. Moxnes, *Poner a Jesús en su lugar. Una visión radical del grupo de Jesús y el Reino de Dios*. Estella, Verbo Divino, 2005.

¹⁵ *Ibid.*, p. 112

UNA MISERICORDIA MÁS ALLÁ DEL PODER

Sobre las obras de misericordia especialmente -sobre las corporales- gravita la tentación del poder. Todas las religiones tienen una relación compleja con el poder. Cuando se proclama una divinidad que se relaciona salvíficamente con los seres humanos, ha de aclararse necesariamente la capacidad liberadora del Absoluto confesado.

A renglón seguido de afirmar la existencia de un Dios que crea todo de la nada, la tradición judeocristiana ha de responder a las incisivas preguntas de la teodicea: ¿Dios todopoderoso puede acabar con el mal? Si la respuesta es afirmativa, el reproche que surgirá inmediatamente será de orden práctico: ¿si puede por qué no lo hace? Si es negativa, la objeción será teológica: si no puede acabar con el mal, no es omnipotente y, por lo tanto, no es Dios. Este último es el argumento teológico que, de modo consciente o no, anida en el interior de una inmensa mayoría de creyentes. Dios es Dios porque tiene un poder absoluto. Poco importa que el Dios bíblico sea invocado también como compasivo, misericordioso, lento a la ira y rico en piedad (cf. Éx 34,6-7), lo que de verdad interesa determinar es si puede acabar o no con el sufrimiento y el mal.

La alusión al poder como evidencia definitiva de la divinidad degenera en una religiosidad milagrosa en la que las obras de misericordia se reducen a manifestar la capacidad divina para resolver problemas humanos saltándose las leyes de la naturaleza. Ante enfermedades, hambres y desnudeces se exige la intervención de un «Dios solucionador».

Jesús tuvo que decidir si su proyecto mesiánico se desarrollaba por los derroteros

portentosos de convertir las piedras en pan, como parecían reclamar las multitudes que, entusiasmadas por sus acciones prodigiosas, querían convertirlo en rey (Cf. Jn 6,10-15), o inaugurar el camino inédito de un mesianismo «impotente». El que los evangelios sinópticos sitúen la alternativa del poder en el contexto de las tentaciones en el desierto no es casual, Jesús, discípulos y pueblo contemplaron la posibilidad y abrigaron la esperanza de que el reinado de Dios irrumpiera de forma portentosa. La frustración que expresan los discípulos de Emaús («Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel» Lc 24,21) y la demanda de los primeros puestos en el Reino de los hijos del Zebedeo (Mt 19,20-21) se enraízan en la misma expectativa de un Reino que se manifestaría con poder.

No tenemos datos suficientes para reconstruir el proceso de discernimiento de Jesús con respecto al uso del poder, pero no es aventurado pensar que, en su fuero interno, Jesús fue basculando desde un mesianismo apoyado en el poder hacia otro basado en el servicio. Lo vemos buscando silencio para orar, alejándose de las multitudes que acudían a oírlo y a que los curara («Se hablaba de él cada vez más, y mucha gente acudía a oírlo y a que los curara de sus enfermedades. Él, en cambio, solía retirarse a despoblado para orar.» Lc 5,15-16); un silencio interior en el que con toda probabilidad fue tomando conciencia de las posibles perversiones del poder: un poder que degenera en la búsqueda ventajista de intereses inmediatos («Sí, os lo aseguro: No me buscáis porque hayáis percibido señales, sino porque habéis comido pan hasta saciaros» Jn 6,26-27a), o un poder opresor al servicio de las élites («Sabéis que los jefes de las naciones las tiranizan y que los grandes las oprimen» Mt 20,25-26a).

Conviene insistir en la radicalidad y conflictividad de la propuesta mesiánica de Jesús. Cuando, según el evangelio de Juan, se ciñe una toalla y se pone a lavar los pies a los discípulos, Jesús incurre en una grave «contradicción teológica» que solo Pedro se atreve a denunciar¹⁶: ¡El Mesías

¹⁶ Cf. J. LAGUNA, *Intrigas evangélicas*. Madrid, PPC, 2015, p. 85: «Pedro, que acaba de reconocer el señorío de Jesús («Señor, ¿tú lavarme los pies a mí?», Jn 13,6) y que por tanto tiene a Jesús por el Mesías que ha de ocupar el trono de Israel (6,15; 12,13; 18,10), no puede permitir que un rey lave los pies de un súbdito como él. Y es precisamente su negativa la que obliga a Jesús a explicar su concepción de un mesianismo que invierte jerarquías y que gira en torno al servicio y no al poder».

no puede comportarse como un esclavo!, el enviado de Dios está llamado a salvar a su pueblo con poder no a arrodillarse como un sirviente.

Arrodillarse y lavar los pies no es un simple gesto provocativo encaminado a recordar a los discípulos la necesidad de la ayuda mutua, su significado es más profundo y más transgresor; lo que Jesús propone es un cambio de paradigma, se plantea el paso de una religión del poder y la ley a otra centrada en el servicio y la misericordia. En el nuevo paradigma socio-religioso la misericordia no es una acción más del conjunto de prácticas devocionales es el principio estructurador¹⁷ de la correcta relación con Dios:

¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y faltos del alimento cotidiano, y uno de vosotros les dice: «Id en paz, calentaos y saciaos», pero no les da lo necesario para su cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe: si no tiene obras, está muerta en sí misma. También se puede decir: «Tú tienes fe, yo tengo obras; muéstrame tu fe sin las obras, que yo por las obras te haré ver mi fe». Sant 2,14-18

La opción por un mesianismo que renuncia al poder fue una elección controvertida y altamente embarazosa para unos discípulos y unas primeras comunidades cristianas que tardaron tiempo en elaborar una respuesta convincente a la objeción del pueblo y los sumos sacerdotes: si es Hijo de Dios, ¿por qué no baja de la cruz?

Los que pasaban por allí lo insultaban meneando la cabeza y diciendo:

—Tú, que destruías el templo y lo reedificabas en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de

Dios, baja de la cruz.

Y lo mismo los jefes de los sacerdotes, junto con los maestros de la ley y los ancianos, se burlaban de él diciendo:

—A otros salvó, y a sí mismo no puede salvarse. Si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y creeremos en él. Ha puesto su confianza en Dios; que lo libre ahora, si es que lo quiere, ya que decía: «Soy Hijo de Dios».

Hasta los ladrones que habían sido crucificados junto con él lo insultaban.

Mt 27,41-44

Si «la prueba del algodón» de la divinidad es su poder, el silencio de Dios en la cruz constituye una de sus mayores objeciones. Ni siquiera el poder de la resurrección «repara» ese momento de radical debilidad. La resurrección no supera la cruz negándola, como si en el último asalto con una divinidad en la lona y con el árbitro a punto de acabar la cuenta atrás, Dios desplegara todo su poder y rescatara a Jesús justo antes de sonar la campana. La resurrección cristiana no niega la cruz, la asume e integra. Es precisamente la impotencia de la cruz la que hace creíble para los crucificados de la historia el poder de Dios que se muestra en la resurrección. La cruz rompe con la tentación de una omnipotencia descomprometida y abstracta, al pasar por la cruz el poder se hace necesariamente cómplice.

Probablemente Jesús esperó hasta los últimos momentos una intervención salvífica de Dios. También sus ejecutores le desafiaron a que bajara de la cruz. Pero no se produjo ninguna intervención. En realidad no se podía producir, no por una imposibilidad metafísica, sino porque entonces no sería verdadera hasta las últimas consecuencias la predicación y la práctica de Jesús. Si Dios hubiera intervenido con poder librándolo de la cruz, esto hubiera significado ciertamente que Jesús a sus ojos

¹⁷J. SOBRINO, *El principio misericordia*, o. c., p. 32: «Para evitar las limitaciones del concepto «misericordia» y los malentendidos a los que se presta, no hablamos simplemente de «misericordia», sino del «principio-misericordia» del mismo modo que Ernst Bloch no hablaba simplemente de «esperanza como una de las muchas realidades categoriales, sino del «principio-esperanza». Digamos que por «principio-misericordia» entendemos aquí un específico amor que está en el origen de un proceso, pero que además permanece presente y activo a lo largo de él, le otorga una determinada dirección y configura los diversos elementos dentro del proceso. Ese «principio misericordia -creemos- es el principio fundamental de la actuación de Dios y de Jesús, debe serlo de la Iglesia».

era justo y merecía ser rescatado. Pero hubiese significado también que el destino de todas las víctimas de la historia también fue justo, ya que en todos esos casos Dios nunca intervino y sigue sin intervenir. Dios hubiese salvado su imagen pero los pobres habrían sido condenados.

Por más que el Hijo del Hombre se presente al final de los tiempos revestido de poder y majestad, y rodeado de ángeles con trompetas (Mt 24,31), la renuncia al poder en favor del servicio quedará inscrita en el código genético de una religión que confiesa a un Dios hecho pobre hombre:

El que quiera ser importante entre vosotros, sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero, sea vuestro esclavo. De la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por todos.
Mt 20,27-28

Las obras de misericordia transitan en ese tiempo intermedio entre la cruz y la resurrección, entre impotencia y poder. Aquellos y aquellas que caminan por los márgenes de la historia auxiliando a hombres y mujeres apaleados por bandidos saben bien a qué tiempo me refiero.

UNA MISERICORDIA MÁS ALLÁ DE LA LÁSTIMA

El servicio rompe con la asimetría relacional de la misericordia ejercida como poder. Cuando la ayuda parte del poder deja indemne el abismo que existe entre la debilidad de aquel que reclama auxilio y la capacidad del que lo presta. No es casual que la reflexión teológica sobre las obras de misericordia haya girado en torno a la categoría limosna. La limosna no necesita romper con el paradigma del poder, ella constituye el vehículo unidireccional de una ayuda que siempre parte del lado de aquel que más tiene. La omnipotencia del donante que busca

resolver la impotencia del receptor se asienta sobre una asimetría que idolatra al primero como pura capacidad y cosifica al segundo como mera necesidad.

A la limosna le suele acompañar el sentimiento de lástima, que nada tiene que ver con la compasión. La lástima necesita afirmar la desigualdad para poder existir, despersonaliza al beneficiario de la ayuda que acaba asumiendo una dependencia crónica de aquellos que habitan un mundo de sobreabundancia del que solo puede esperar migajas. Para J. A. Guerrero y D. Izuzquiza, la lástima es una perversión de la compasión:

La lástima atrae hacia los hombres débiles, genera dos mundos, fortalece el abismo entre los fuertes y los débiles, entre los de dentro y los de fuera. [...] Cuando nos guía la lástima, desaparece la igualdad, pues aquélla necesita de los pobres y del sufrimiento como la sed de poder necesita de los débiles, tiene la impresión de que los pobres son «sacos de desgracias» y no personas¹⁸.

La misericordia entendida como servicio, no se mueve por lástima sino por compasión y no actúa mediante la limosna sino a través de la solidaridad.

La compasión comparte el sufrimiento del otro: padece-con. La lástima participa de la conmoción de la compasión pero desde la distancia existencial del que se sabe lejos de la situación del que sufre.

La compasión derriba las asimetrías que pueden darse en la relación ayudador-ayudado. Compadecido y «compadecedor» se saben igualmente vulnerables. La compasión prevé reciprocidad: «hoy por ti, mañana por mí». La lástima, sin embargo, no contempla verse en el lugar del compadecido. La lástima genera deudas de gratitud, la compasión no. En su lectura psicoanalítica de la Biblia, la pediatra y psicoanalista francesa Françoise Dolto advierte sobre el peligro culpabilizador de una religión en la que la suma bondad y perfección de la ayuda divina crea un abismo insalvable entre una divinidad que se desvive

¹⁸ J. A. GUERRERO / D. IZUZQUIZA, *Vidas que sobran. Los excluidos en un mundo en quiebra*. Santander, Sal Terrae, 2004, pp. 74-75.

por el ser humano y un creyente empecado incapaz de responder adecuadamente a un amor absoluto. El poder pervierte la relación de ayuda cuando el amor incondicional que el creyente atribuye a Dios Padre/Madre exige cobrar los intereses de una salvación inmerecida.

La compasión formó parte del ser de Jesús. Fue un hombre rico en misericordia (Ef 2,4) que hacía suyo el dolor ajeno. El término griego aplicado con frecuencia a sus acciones: *splanjnidismos* significa abrazar visceralmente, con las propias entrañas, los sentimientos o la situación del otro. La autoridad y poder que acompañaban sus actos de liberación, lejos de situarlo en un plano superior al de la enfermedad curada o el pecado perdonado, lo manchaban de sufrimiento e impureza. Jesús no ejerció la compasión desde el poder sino desde el servicio.

UNA MISERICORDIA MÁS ALLÁ DE LA CONDESCENDENCIA

Una forma sutil de lástima es la condescendencia. La condescendencia es una misericordia asimétrica que se ejerce desde un poder que se encubre. El uso peyorativo del término condescendencia que curiosamente no recoge la RAE, la define como un trato de fingida amabilidad hacia alguien considerado inferior. La misericordia condescendiente no reconoce las razones del otro, le permite existir porque no le queda más remedio, pero en su fuero interno no renuncia a la expectativa de que ese otro abandone sus convicciones y/o prácticas y se incorpore a la «normalidad» del que se cree en posesión de la verdad.



UNA MISERICORDIA CÓMPLICE

No necesitamos salir de la Biblia para desmontar la inconsistencia de un Dios definido exclusivamente desde el atributo del poder. Es cierto que al Dios bíblico lo encontramos realizando acciones prodigiosas: crea cielos y tierra, derrota ejércitos con su mano poderosa, hace brotar agua en el desierto, etc., pero ninguna de esas acciones por si sola aparece como razón suficiente para afirmar su supremacía divina. Yahvé tenía poder, pero tanto como las divinidades de los pueblos vecinos. En la disputa entre el Faraón y Moisés para dejar salir al pueblo hebreo se produce una curiosa batalla entre dioses: que el bastón de Moisés se convierte en una culebra, lo mismo consiguen los sabios, hechiceros y magos de Egipto (Ex 7,10-12); que Moisés golpea el agua del Nilo y la transforma en sangre, lo mismo hacen los magos de Egipto (Éx 7,20-22); que Aarón inunda de ranas todo el territorio, lo mismo logran los magos egipcios con sus encantamientos (Éx 8,2-3). Hasta llegar a la plaga de mosquitos que los magos egipcios no pudieron igualar (Éx 8,14) el poder de los dioses era parejo. Tras este «más difícil todavía» divino se va gestando una enseñanza no menos relevante que la de la superioridad del poder de Yahvé frente al resto de divinidades, y es la toma de conciencia de que el poder de Dios actúa en favor del pueblo judío y en contra del Faraón. Tan determinante como afirmar la capacidad divina para producir las diez plagas que asolaron Egipto es testificar que se trataba de un poder a favor de unos de los dos bandos en litigio. Se necesita el mismo poder para abrir las aguas del Mar Rojo y permitir que los israelitas lo atravesasen en pie enjuto (Éx 14,17), como para cerrarlas sobre el ejército egipcio y exterminarlo («Las aguas, al reunirse, cubrieron carros, jinetes y todo el ejército del Faraón que había entrado en el mar en seguimiento de Israel, y no escapó uno solo» Éx 14,28). Fuera de este

contexto de persecución y fuga, el poder de separar las aguas sirve para una superproducción hollywoodiense de grandes efectos especiales, pero la espectacularidad de un Charlton Heston increpando las aguas con su bastón, esconde el no menos portentoso prodigio de un Dios que pone su fuerza al servicio de un pueblo concreto. El poder de Dios siempre es relacional, se ejerce en favor de alguien. Fuera de esa relación liberadora su capacidad de realizar acciones milagrosas es irrelevante desde el punto de vista existencial.

El poder de Dios Creador desarraigado de la relación divina con su creación, puede aplicarse sin ningún problema a «la primera naturaleza inteligible» platónica o al «motor inmóvil» aristotélico. No se trata de negar la verdad de la afirmación «Dios Creador», lo que cuestionamos es la validez de su abstracción. Situamos al mismo nivel la omnipotencia de la capacidad creadora de Dios y su «omnipreocupación» por la obra creada. El mismo Dios que al principio creó los cielos y la tierra (Gén 1,1), es el que se pasea por el paraíso a la brisa de la tarde (Gén 3,8), y el que se arrepiente cordialmente de su obra ante la maldad de los seres humanos. Es el conjunto de la acción creadora y no la potencia del primer minuto creador la que revela el rostro «cómplice» de Dios. Lo verdaderamente asombroso no es el paso de la nada al Ser, sino que ya desde el primer momento Dios actúa a favor del hombre. Una contemplación admirativa ante la belleza y armonía del universo, se queda a medio camino si no vislumbra que la fidelidad (èMuNaH) que mantiene a raya las aguas del mar y asegura los cimientos de la tierra (Prov 8,26-30) es la misma que funda la estabilidad de la Alianza (Sal 89, 2-5) y la que permite proclamar la misericordia del Señor (Sal 33,5). Poder y relación son dos caras inseparables de la misma moneda.

El Salmo 136 condensa magistralmente la experiencia unificadora de una misericordia en la que el poder divino que crea el mundo es el mismo poder que toma partido por su pueblo:

*¡Alehuya! Dad gracias al Señor,
porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Dad gracias al Dios de los dioses,
porque es eterno su amor.
Dad gracias al Señor de los señores,
porque es eterna su misericordia.
Al único que hace maravillas,
porque es eterna su misericordia.
Al que hizo los cielos con sabiduría,
porque es eterna su misericordia.
Al que asentó sobre las aguas la tierra,
porque es eterna su misericordia [...]
Al que hirió a los primogénitos de Egipto,
porque es eterna su misericordia;
y de allí sacó a Israel,
porque es eterna su misericordia,
con mano fuerte y brazo extendido,
porque es eterno su amor.
Al que partió en dos el mar de las cañas,
porque es eterna su misericordia,
y por medio hizo pasar a Israel,
porque es eterna su misericordia.
Al que arrojó en el mar al faraón
con sus huestes,
porque es eterna su misericordia,
y guió por el desierto a su pueblo,
porque es eterna su misericordia. [...]*
Sal 136,1-6.10-16

En la praxis de Jesús, la complicidad del poder divino se torna especialmente conflictiva. Los judíos piadosos de Cafarnaún coetáneos de Jesús no dudaban del poder divino para curar las dolencias de un criado paralítico que sufría terriblemente; en su larga historia de alianza con Yahvé habían sido testigos de prodigios aún más increíbles. El problema surge al saber por los evangelistas que el que implora la intervención divina para curar a su criado es un capitán romano invasor («Al entrar en Cafarnaún se le acercó un capitán rogándole: Señor, mi criado está echado en casa con parálisis, sufriendo terriblemente» Mt 8,5-6). La cuestión de fondo no versa sobre el poder de

Dios que se da por supuesto, sino por la identidad socio-religiosa del beneficiario de la curación. Si Dios interviene en favor del capitán entra en crisis la identidad judía como pueblo elegido: si Dios socorre a los hebreos esclavizados no puede ayudar al faraón. Si el Dios de Jesús sana al criado de un romano conquistador, idólatra y politeísta, ¿sigue siendo el Dios de la Alianza? Ese es el conflictivo mar de fondo que encontramos en todas las obras de misericordia.

LADRAN, LUEGO CABALGAMOS

Sin ser buscada, la presencia del conflicto sirve como criterio para verificar si el acto de misericordia realizado se sitúa o no en la «ruta del Reino de Dios». Dicho en lenguaje cervantino, si nuestras acciones misericordiosas no hacen ladrar a ningún perro quizás es que no estemos cabalgando hacia la dirección adecuada.

Insisto nuevamente en que las obras de misericordia no buscan generar conflicto, la conmoción que produce en nuestro interior la asunción como propio del sufrimiento de la víctima es la única motivación que guía la práctica de la caridad. Pero conviene advertir que la misericordia que busca hacer presente el Reino de Dios en la historia despierta inevitablemente la oposición violenta de los faraones del anti—reino. Las obras de misericordia se sitúan en el campo de batalla entre los que trabajan por una sociedad donde los últimos sean los primeros y unos «primeros» que no están dispuestos a abandonar su situación de privilegio.

Las tradiciones espirituales saben bien en que consiste esta ofensiva. Cuando alguien se inicia en el cultivo de la vida interior pronto habrá de confrontarse con «los malos espíritus» que, cargados con su artillería de dificultades y engaños, buscan hacerle desistir del camino espiritual iniciado. De tal modo esta lucha entre «el bien» y «el mal» aparece siempre en aquellos que caminan en la ruta del Reino, que la ausencia de toda nota disonante lleva

a dudar sobre la autenticidad de la experiencia espiritual. La misma sospecha que surge cuando las obras de misericordia no desencadenan la oposición de ningún faraón.

Cuando el creyente del siglo XXI actualiza la misericordia del Reino ha de explicitar no solo las fronteras que desplaza su praxis sino también escuchar las reticencias que esta genera. Si las obras de misericordia no provocan ningún escándalo puede que sean acciones bondadosas, humanitarias e incluso piadosas pero no necesariamente jesuánicas.

«Jesús les respondió:

—Id a contarle a Juan

lo que estáis viendo y oyendo:

Los ciegos ven y los cojos andan,

los leprosos quedan limpios y los sordos oyen,

los muertos resucitan

y a los pobres se les anuncia la buena noticia.

Y ¡dichoso el que no se escandalice de mí! Mt

11,4-6

LA MISERICORDIA MÁS ALLÁ DEL CONFLICTO

La insistencia en el carácter conflictivo de la misericordia de Jesús es una visión parcial y, por qué no reconocerlo, limitadora. En la misericordia de Jesús también encontramos ternura, abnegación, generosidad, altruismo, caricia, esplendidez, fiesta, solicitud, fe, etc., notas que el lector hallará fácilmente en la infinita literatura generada alrededor del Año santo de la misericordia. Menos serán los estudios que, como el nuestro, aborden las dimensiones políticamente transgresoras de la misericordia nazarena. Sirva este dato estadístico para justificar sobradamente nuestra conflictiva obstinación.

PRESENCIA DE ALBERTO INIESTA

*Más de 500 personas en la Jornada
'Memoria y legado de Alberto Iniesta para la Iglesia de hoy'
Vallecas 'canoniza' a Alberto Iniesta:*

«Es el modelo del cura y del obispo que quiere recrear Francisco»

No dejar que se pierda la memoria de un obispo que fue franciscista antes de Francisco. Alberto Iniesta constituye un ejemplo acabado y un referente del cura y del obispo que quiere el Papa para la Iglesia. En Vallecas lo saben y no quieren que se apague la memoria de su 'obispo callejero' y, a un año de su muerte, organizaron una jornada de recuerdo y reivindicación.

En el colegio salesiano de la Ciudad de los Muchachos de Vallecas, más de 500 personas se reunieron para celebrar la 'Memoria y legado de Alberto Iniesta para la Iglesia de hoy'. Gente de barrio, de movimientos especializados y, sobre todo, gente de Iglesia. Estaban incluso algunos de los que participaron en aquella famosa I Asamblea Cristiana de Vallecas, que iba a celebrarse y nunca se celebró, por prohibición del régimen, hace 42 años.

Con unos años más, pero con parecida ilusión, estaban allí, para hablar de Iniesta y de su legado. Como hicieron los que presentaron el libro '**Alberto Iniesta, la caricia de Dios en las periferias**' (Herder), editado por Emilia Robles. Junto a ella, participaron en una tertulia, moderada por el redactor jefe de Vida Nueva, José Lorenzo, el editor Luis Aranguren y el obispo emérito de Palencia y, ahora, misionero en Bolivia, Nicolás Castellanos.

Y desde la mesa, fluyen las definiciones. *«Alberto fue un obispo adelantado, al que le pasó por encima la misma glaciación que heló la primavera eclesial. Un obispo de barrio, un obispo callejero antes de que Francisco pusiese de moda las periferias»*, decía Pepe Lorenzo. *«Era un hombre completo: maestro, místico, poeta, un gran espíritu, un profeta y un hombre cercano a las personas»*, añadía

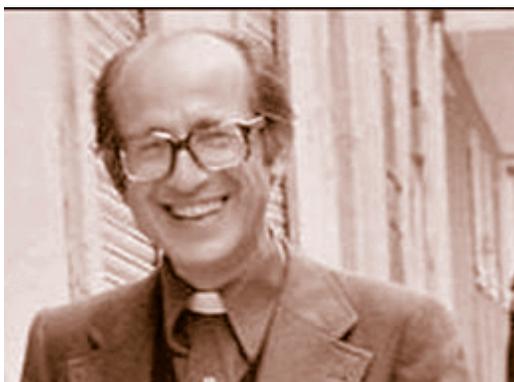
monseñor Castellanos. «*Un cristiano ejemplar, que siempre iba por delante, marcando el camino de la frescura del Evangelio*», señalaba Luis Aranguren.

Y así fueron desgranando, una a una, las cualidades de este «obispo, paradigma del Vaticano II» y de su relación con el cardenal Tarancón, su arzobispo, y con el Vaticano. «*Era una figura complementaria con Tarancón y, de hecho, Iniesta pudo hacer muchas cosas de las que hizo, porque contaba con el apoyo del cardenal*», decía Castellanos.

Con sus compañeros obispos, siempre mantuvo una magnífica relación. «*Su palabra en la Conferencia episcopal era muy escuchada, respetada y tenida en cuenta*», explicaba monseñor Castellanos. Tanto en la primera época, en la que formaba parte de la minoría conciliar, como en la segunda época, donde los conciliares eran mayoría. Donde más sufrió, sin duda, fue durante la involución eclesial, que comienza con el pontificado de Juan Pablo II.

Fue, entonces, cuando vivió, según Castellanos, «*su momento más duro y más oscuro, su momento de mayor dolor fue el de la involución eclesial*». Y Emilia Robles le pone fecha a ese momento: «*Fue en 1982, cuando empieza a sufrir depresiones. Y lo que más le machaca fue cuando le llamaron a Roma, a la Congregación de obispos, y regresó de allí destrozado*».

El teólogo, José María Castillo, en su conferencia, insistía en estas mismas coordenadas: «*Siempre supo combinar la fidelidad a la*



Iglesia con la libertad en la Iglesia, pero, cuando lo llamaron a Roma, en vísperas de la Asamblea de Vallecas, se sintió profundamente maltratado y humillado».

SAN ALBERTO DE VALLECAS

En cualquier caso, Iniesta pagó un precio elevado a nivel personal, para poder dejar un legado, que conecta especialmente con la «nueva primavera» de Francisco. «*El legado de la normalidad, de que para ser obispo no es necesario ser una persona rara, sino patear las calles con ojos bien abiertos*», explicaba el editor Aranguren.

Para monseñor Castellano, el legado de Iniesta pasa por su capacidad profética y por su cercanía, que «es el sacramento del obispo». Por eso, «hacer memoria de Iniesta es provocativo, porque abrió camino en la Iglesia, hasta que vino la invernada». O, como decía Aranguren, «Iniesta es el modelo del cura y del obispo que quiere recrear Francisco». Y Emilia Robles iba todavía más lejos y pedía la recuperación de la figura de la que ella considera «San Alberto de Vallecas».

Una opinión compartida por los participantes en el trabajo de grupos de la mañana, que resumió Conchi Blanco, miembro de

la Hoac de Madrid. «*Ejerció un nuevo estilo de ser obispo, compaginaba la fidelidad a la Iglesia con una total libertad de conciencia,*



vinculaba la fe al compromiso social y político, y era un hombre del pueblo, que no hacía ostentación de su ser obispo». Y es que Iniesta vivía la Iglesia como «una comunidad de iguales, una Iglesia abierta, del pueblo, mediación creíble en la sociedad».

En definitiva, un obispo modelo para la Iglesia de hoy, que sigue presentando deficiencias y fortalezas. Entre las primeras, «el escaso papel de la mujer, la desafección de la gente con la jerarquía y el miedo al cambio». Entre las fortalezas, se señalaba «la buena imagen del Papa o la corriente de búsqueda de espiritualidad y solidaridad».

Desde estas claves, los grupos participantes en el debate ofrecían propuestas para la Iglesia de hoy. Desde «pasar de una Iglesia del poder a otra del servicio», hasta «acompañar a la gente, un mayor protagonismo de la mujer, o que desaparezca la división entre clérigos y laicos».

También se insistió «en la reforma de la formación en los seminarios». Y algunos propusieron que, como en tiempos de Juan de Dios Martín Velasco como rector, «se cierre el seminario de Madrid y los seminaristas vayan a vivir, de nuevo, a los barrios».

El broche de oro a la jornada lo puso el teólogo granadino, José María Castillo, con una genial conferencia sobre el seguimiento de Jesús, como clave para la reforma de la Iglesia y sometiéndose, después, a toda una batería de preguntas por parte de los asistentes. Con un objetivo: «Recordar la Iglesia que Alberto quiso y nosotros necesitamos».



Castillo partió del análisis de una realidad actual, que es «una estafa», porque los políticos nos venden la salida de la crisis, pero «la verdad es que, en España, sigue habiendo demasiado sufrimiento». Un dolor ante el cual «los creyentes no podemos callar, por eso nos duele todavía más el silencio de nuestros obispos».

Y tampoco podemos callar los fieles ante el atraso de la Iglesia, en la que «el Derecho Canónico es un bloque legal, que ejerce violencia contra las libertades» y en la que «la mujer no cuenta para nada». A esta Iglesia «llega un Papa inesperado, que produce desconcierto, porque trata de vivir el Evangelio».

Un Evangelio «cuyo centro no está en la fe, sino en el seguimiento de Jesús». Y lo determinante en el seguimiento es «hacerlo vida», porque sólo así podremos «llegar a ser libres ante la inseguridad». Un seguimiento que tiene que conducir a los cristianos, según el teólogo Castillo, a centrarse en los tres grupos preferidos de Cristo (las mujeres, los niños y los esclavos) y en las tres actividades principales de su vida: la salud, la comida compartida y las relaciones humanas.

Alberto Iniesta es un referente del cambio eclesial, que tantas resistencias está encontrando por parte de algunos jefes. Iniesta sigue vivo en Vallecas. La Iglesia española debería mirar al legado de este obispo, que se mantuvo siempre

fiel al Vaticano II y que, precisamente por eso, se le puede considerar una «partera» o una «comadrona» de la primavera de Francisco. San Alberto de Vallecas, ora pro nobis.

<http://www.periodistadigital.com/religion/espana/2017/03/26/vallecas-canoniza-a-alberto-iniesta-es-el-modelo-del-cura-y-del-obispo-que-quiere-recrear-francisco-religion-iglesia-espana-libros-castellano-castillo-herder.shtml>

Latinoamérica



Mario Mullo

PRINCIPIOS DE LA ASOCIACION NACIONAL YAHUARCOCHA

Somos un grupo de amigos constituidos legalmente en una asociación jurídica, fuimos formados para propagar el evangelio y servir al pueblo, con el mensaje liberador de Jesús. Tomamos el nombre de Yahuarcocha porque se fundó a orillas del lago del mismo nombre, en el año de 1990. Tiene sus raíces en el Concilio Vaticano II, que abrió las ventanas de la iglesia para que entrara en ella la luz de la modernidad.

En la actualidad, estamos organizados por núcleos en las provincias de Imbabura-Carchi, Pichincha, Santo Domingo de los Tsachilas, Tungurahua, Chimborazo, Manabí, Guayas, Cuenca. El núcleo de Quito, nos reunimos semanalmente para reflexionar la realidad social a la luz del evangelio, de la teología conciliar, de la doctrina de la iglesia, de las encíclicas.

Trabajamos para sostener a nuestras familias. Nos esforzamos para ser coherentes con el evangelio. Apoyamos en la construcción de la comunidad de fe, esperanza y solidaridad.

Mantenemos vínculos con nuestros hermanos creyentes y no creyentes que buscan una sociedad justa y sin discriminación. Somos ecuménicos y mantenemos fraternidad con los grupos afines que luchan por el hombre nuevo, como lo definieron el Concilio Vaticano II,

Medellín, Puebla, Aparecida.

Buscamos apoyar la construcción del reino de Dios y su justicia. Conocer mejor el evangelio para aplicarlo en nuestro medio, difundirlo a través de los medios, y llamar a trabajar por los cambios y la conversión social. Ampliar nuestro compromiso en el entorno laboral y social. Queremos ser servidores de la comunidad. Deseamos que la coraza del clericalismo vaya perdiendo fuerza.

Buscamos trabajar para volver a las fuentes de la iglesia primitiva, que la sangre de los mártires del cristianismo y los mensajes de los padres, profetas, latinoamericanos, iluminen el camino de la liberación, promoción humana, evangelización.

Nos consideramos miembros de la iglesia, sacerdotes casados, servidores del pueblo de Dios, dispuestos a trabajar por la construcción del reino de Dios y su justicia. Mantenernos unidos a nuestro pastor sucesor de Pedro, a los pastores del evangelio.

Nos preocupamos de nuestros hermanos enfermos, ancianos, de las esposas viudas que han perdido sus esposos

Nuestras puertas están abiertas a todos los hermanos que sirven a Jesús desde diferentes creencias.

Quito, Ecuador, mayo 2017

Sacramentos de la vida

Andrés Muñoz



LOS SUEÑOS DE LOS CINCUENTA

«Derramaré mi espíritu sobre toda la humanidad; vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes tendrán visiones (Joel 3, 1)»

Siempre me ha llegado muy dentro este texto del profeta, porque es esperanza de futuro. Qué bueno que nuestros hijos e hijas, nuestros seres entrañables, sean portadores de buenas noticias, de anuncios nuevos y frescos. Qué gratificante también que los jóvenes, currantes de la vida, tengan una visión clara de la realidad y visionen un mundo mejor. Pero lo que más me emociona es que el profeta cuente con los ancianos para que sean los soñadores de la sociedad, que se pongan a hacer proyectos e imaginar trayectos y perspectivas. No les deja que se tumben en el sofá, en bata y zapatillas, a vivir de las rentas y disfrutar de la vida hecha y completada.

Mi gran alegría es que en estos momentos el mensaje profético de los sueños de los mayores

se está cumpliendo. Y lo digo porque lo estoy viendo en muchas situaciones y acontecimientos familiares, sociales, religiosos, eclesiales. Los mayores de hoy conservan la vena soñadora que tuvieron que encontrar en años pasados de escasez de democracia, de derechos humanos o de recursos económicos.

Esta soñera me la ha recordado la celebración con mis compañeros, todos en situación de atardecer en la vida, de los cincuenta años de nuestra ordenación sacerdotal. He sentido, que no hemos perdido la capacidad de soñar y que queremos seguir soñando, por aquello de que lo último que debemos perder no es sólo la esperanza sino también los sueños. José Mari, uno de los soñadores celebrantes, anunciaba así nuestro aniversario en una eucaristía

en nuestra Soria querida: *«En esta mañana, día de luz y negros nubarrones y en este maravilloso templo de piedras silenciosas transidas por la presencia misteriosa de Dios, brota en nuestro corazón agradecido una única palabra: Gracias. Gracias, al Padre bueno que se fío y sigue confiando, para **con nosotros y junto a nosotros** hacer realidad su sueño, la implantación del Reino, humanizar nuestra tierra.*

Gracias a todos los que hicieron posible nuestra respuesta al Padre bueno: nuestras familias, nuestros formadores y profesores, nuestros compañeros de entonces y de ahora con quienes hacemos camino al andar. Gracias al Señor de la vida que nos ha dado tanto a lo largo de estos cincuenta años.

El 18 de marzo de 1967 un riojano, D. Saturnino Rubio Montiel, Obispo de Osma-Soria y en la capilla del seminario de Burgo de Osma, nos ordenaba de presbíteros a:

César Gómez Ruiz, Manuel García Barrio, Andrés Muñoz de Miguel, Florencio Sanz Nafría, José M^a de Miguel Izquierdo y el 26 de marzo, en Comillas, era ordenado nuestro Martín Zamora Borobio.

Hoy otro riojano, D. Abilio Martínez Varea, Obispo de Osma-Soria, PRESIDE la eucaristía de acción de gracias en nuestros 50 años de fidelidad al sueño de Dios.

La fecha no fue fruto del azar. No era una fecha más. Era una fecha profundamente significativa para nosotros. Fuimos ordenados en época invernal, pero la flor de almendro y los nuevos brotes

anunciaban una nueva primavera preñada de belleza y vida nueva.

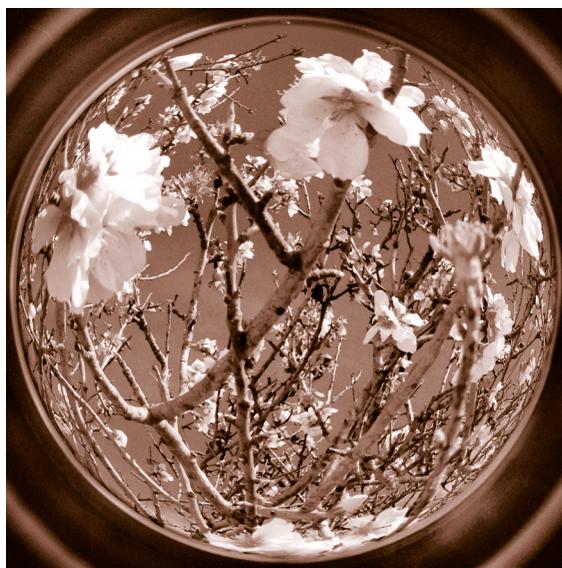
Bella imagen para vislumbrar la situación invernal en la que vivía la iglesia, para atisbar los temores, las esperanzas, las incertidumbres, los interrogantes, ¿cómo afrontar los retos y desafíos del mundo contemporáneo en el camino pastoral que estábamos a punto de iniciar?

Una imagen que nos permitía intuir que una nueva primavera estaba a punto de alumbrarse en la Iglesia.

El Concilio Vaticano II fue la nueva primavera para la iglesia, una iglesia añosa que necesitaba la sabia nueva del resucitado que la renovara, la adecuara a los tiempos..., primavera para el mundo y para nosotros. El Vaticano II, el acontecimiento histórico más importante del siglo XX para la Iglesia y de mayor trascendencia social para nuestro mundo. El Concilio ha

sido y sigue siendo la brújula que orientaría nuestro incipiente camino (caminar) en las tareas pastorales.

Durante 50 años ha habido días de luz, de penumbras, de buen tiempo, de turbulencias, pero siempre hemos querido mantener vivas la ilusiones y esperanzas de los primeros días y, dentro de nuestra fragilidad, ser fieles discípulos-misioneros. Yo soy-somos una misión en la tierra de Dios para llevar la buena noticia que es Jesucristo en persona y mantener viva la esperanza en tantas personas de bien que habitan en nuestros pueblos rurales. Somos testigos del éxodo que no ha terminado de nuestros pueblos sobre todo de



los matrimonios jóvenes. Nuestros pueblos se han quedado sin niños porque los sorianos y sorianas nacen ya en otras tierras donde han ido a trabajar sus padres. Para los que hemos conocido los pueblos llenos es muy triste ver ahora como se quedan vacíos. Luego...»

José Mari dejó puntos suspensivos para que cada cual, desde su imaginación, pusiera nombre y calificación a la siguiente etapa eclesial: A mí me sale espontáneamente: una nueva glaciación, esclerosis, atrofia, involución.

Pero nosotros, a pesar de la retranca, hicimos frente a la pesadilla y seguimos con nuestros sueños de primavera. Primero en el mundo rural, siendo curas de pueblo y del pueblo, acompañando a la gente del campo en su vida diaria, viviendo a su estilo sin más alturas ni privilegios, aprendiendo de su esfuerzo, del silencio de la naturaleza, de la nobleza de estas gentes sencillas y fuertes: «*gentes del alto llano numantino*» (A. Machado).

A pesar de la despoblación, desprotección y tristeza José Mari, Florencio y Martín siguen ahí, en estos pagos, siendo fieles al sueño del Reino y manteniendo las fuerzas y la esperanza en un medio que se muere y desaparece mientras los pocos hombres y mujeres que quedan tratan de vivir sin perder su dignidad. A la vez colaboran en tareas diocesanas de ayuda y solidaridad a los más necesitados, en responsabilidades misioneras, en grupos parroquiales de concienciación y espiritualidad y en otros servicios personales humanos y cristianos sin programas determinados, dispuestos a la escucha, al acompañamiento, al cuidado y la donación

En los años setenta otros compañeros, César, Manolo y Andrés buscamos horizontes y espacios más amplios en el Valle Ayora-Cofrentes, de la diócesis de Valencia. Sin dejar lo rural tuvimos una rica experiencia de trabajo en equipo. Pletóricos de fuerza por nuestra juventud y los aires frescos conciliares nos enfrascamos en la pastoral infantil y juvenil, prestando atención y dedicación a la preparación educativa y cultural a

través de movimientos juveniles, clases de adultos, teatro, campamentos, catequesis.

En estos años todos tuvimos que situarnos y escrutar los signos de los tiempos, tiempos revueltos. El franquismo estaba dando sus últimos coletazos, se necesitaba una reflexión calmada y crear ambientes de transición. Y para ello cualquier momento, medio o espacio había que aprovecharlo: la homilía, la tertulia en el bar, las charlas en los teleclubs, los coloquios familiares y personales. Entre miedos, osadías, advertencias policiales, sufriendo y esperando, íbamos caminando con el pueblo hacia el sueño democrático. La H.O.A.C nos ayudó a ver, juzgar y actuar en un medio social y eclesial complicado.

Después llegó la ciudad para algunos, Manolo, César, Andrés. Parla, Aranjuez y Madrid fueron lugares en donde la dedicación pastoral se hizo más intensa y extensa a través de las parroquias y todo su organigrama de servicios. Martín, llevó los sueños más lejos; cruzó el charco y recaló en México en donde la realidad humana es más fuerte e impactante. Allí la religiosidad, el indigenismo, la pobreza, la cultura le exigió situarse y comprometerse a tope en un servicio a la comunidad y a las personas más desfavorecidas.

Yo, Andrés, después de un tiempo de trabajo pastoral oficial cambié de estrategia y el rumbo del ministerio; retomé el estado laical, lugar primigenio de todo creyente y junto con Tere (*compañera del alma, compañera*) seguimos el sueño de Dios al servicio del Reino en pequeñas comunidades cristianas de base y en otros movimientos de renovación de Iglesia, como Moceop. La familia, el trabajo profesional, la lucha sindical han sido otros sueños de mi vida, emparentados con el sueño de Jesús de Nazaret. Todos, a lo largo de cincuenta años y cogidos de lleno por la fe en Dios y su proyecto, el sueño del cuidado y mimo de la vida, hemos hecho un poco de todo: de animadores socio-culturales, de sembradores, de confesores-psicólogos, de



terapeutas, de capellanes, misioneros, catequistas, observadores y aprendices de la vida. Y también de vecinos, convecinos, ciudadanos, participantes de la vida comunal, como hijos de la tierra.

Nuestro ministerio ha sido un servicio integral al Reino. No nos ha obsesionado el templo, el rito, el cumplimiento sacramental. Nos esforzamos más en la sacramentalidad de la vida diaria de nuestras gentes, tanto como feligreses como trabajadores, padres y madres de familia, jóvenes con carencias de futuro, hombres y mujeres que luchan por mantener la dignidad. Nos sigue preocupando la situación de abandono del mundo rural y la falta de políticas de desarrollo agrario y valoración y estima del campesinado.

«Y al atardecer de la vida, terminaba José Mari en la proclama de nuestra celebración, *queremos soñar y cantar con el poeta: «nuestro corazón espera hacia la luz y hacia la vida un nuevo milagro de la primavera».* Milagro que ha hecho posible el Papa de la misericordia (misericordioso). El papa Francisco, iluminado y guiado por el Espíritu de Jesús de Nazaret, ha hecho posible el milagro de una nueva primavera para su Iglesia. **Y Nadie puede parar la primavera en**

primavera. *Esto nos llena de paz y aviva y alimenta nuestra esperanza».*

Esta es nuestra experiencia personal y grupal de cincuenta años, que no es ni mejor ni peor que la de otros compañeros y otros muchos creyentes que se han batido el cobre por esos mundos de Dios. Dada nuestra edad esto puede sonar a ‘batallitas de mayores’, que se regodean en volver atrás, porque no tienen futuro. No, no es añoranza bajo el típico recurso: *..en mis tiempos.* A estas alturas seguimos creyendo que nuestro tiempo es hoy, todavía hoy. Por eso hacemos caso al poeta que nos recordó Manolo, otro de los celebrantes:

«Cuando camines, camina junto a los soñadores, a los que confían, a los que tienen coraje, a los alegres, a los que hacen planes, a los que actúan, todos aquellos que tienen la cabeza en las nubes pero los pies en la tierra. Deja que su espíritu encienda tu fuego interno para que entonces puedas también dejar el mundo mejor de lo que lo encontraste»

Por ello, avisamos, (y el que avisa no es traidor) que nos quedan sueños para rato. Vamos a seguir cumpliendo la profecía de Joel.

Reseña

MISAL ROMANO

REGRESO AL PASADO:

Apenas se abre la nueva edición típica del Misal Romano en lengua española, uno se encuentra con lo que, en principio, parece una errata; pero en seguida ves que es más bien una opción, pues se repite tantas veces como en el texto litúrgico se dice «Oh, Dios», incluso cuando la invocación exclamativa aparece en medio de una frase: «Que tu misericordia, oh, Dios, limpie al pueblo fiel».

Supongo que habrá una hermosa explicación para todo eso.

Supongo que la interjección ¡oh!, es un monosílabo que por sí solo, sin nombres al lado,

significa admiración, asombro, extrañeza o sorpresa, y que de Dios, como de todo lo demás,

prefiere verse separado al menos por una coma.

Curiosamente, el texto latino de referencia en el *Missale Romanum* no dice: «O Deus» –al modo del «O tempora, o mores!», de Cicerón, o del himno «O Redemptor» de la misa crismal, o del «O felix culpa» de la Vigilia pascual-.

Tampoco dice «Oh, Deus» –al modo del «Oh!, perii!», de Plauto-. Dice sencillamente «Deus».

Con lo cual, la traducción no parece que en eso se haya atendido al criterio de literalidad.

La anécdota me lleva a una consideración más general sobre este libro que se supone es



para la comunidad eclesial: ¡Y es que la comunidad jamás podrá entenderlo! El lenguaje es arcano. Los intereses, las preocupaciones, las ideas, todo queda fuera del hoy de la comunidad creyente.

Se puede abrir el libro por cualquier página para encontrar ejemplos de ese lenguaje fuera del tiempo –fuera de la vida de los fieles–.

Para muestra, valga la primera misa de Adviento:

«Concede a tus fieles, Dios todopoderoso, el deseo de salir acompañados de buenas obras al encuentro de Cristo que viene, para que, colocados a su derecha, merezcan poseer el reino de los cielos».

«Fructifique en nosotros, Señor, la celebración de estos sacramentos, con los que tú nos enseñas, ya en este mundo que pasa, a descubrir el valor de los bienes del cielo y a poner en ellos nuestro corazón».

Tengo la certeza de que nadie de ustedes ha usado nunca en su oración personal o en su conversación el lenguaje de esas oraciones del I Domingo de Adviento.

Tengo la certeza de que nadie, incluido el sacerdote que las ha pronunciado, sabe al salir de la misa lo que en esas oraciones se ha pedido.

Tengo la certeza de que nadie usaría esas palabras en la celebración si a alguien se le permitiese hacer esa oración.

Tengo la certeza de que esas oraciones no dejan siquiera un recuerdo de sí en la vida de los fieles que las oyen.

Y lo que es más asombroso: La teología del misal ha dejado a los pobres fuera de las preocupaciones de la comunidad que celebra la eucaristía.

Pero tal vez lo más alarmante sea que esta edición del Misal Romano llega con vocación de revisión... y eso sabe a regreso al pasado... Tal vez para saber de Iglesia, en el futuro hayan de vernos y analizarnos en los museos.

*Santiago Agrelo
Arzobispo de Tángier*

EL NUEVO MISAL ROMANO

Jesús M^a Urío Ruiz de Vergara



Nos están animando, a bombo y platillo, a prestar atención, y dar importancia, -en mi opinión más que la debida-, a la presentación del «nuevo Misal». Yo tengo mis dudas, y me resisto a dar tanta importancia a un libro que sirve para que todos los presidentes de comunidades celebrantes usemos las mismas oraciones, con las aplicaciones permitidas a diferentes lugares, contextos, y personas, huyendo como de la peste, ¡no vaya a ser que se cuelen algunas herejías!, de la creatividad y de la inspiración del celebrante. Los primeros cristianos no tenían tanto miedo a fomentar la libertad, y la creatividad, y la improvisación de los presbíteros. ¡Bueno!, empezaban no teniendo tanto libro, solo la Biblia, y las copias de las cartas de los apóstoles, y de los evangelios que se iban escribiendo, que iban siendo, muy poco a poco, conocidas y usadas por las comunidades. Pero la Plegaria Eucarística sabemos que la cantaban, improvisando sobre una base, o guión, conocidos por todos.

Pero no hables a los especialistas de la «Congregación para la Disciplina de los Sacramentos» de algo que los saque de la literalidad de los textos litúrgicos, porque les entra un tembleque, y una inseguridad casi histórica.

Recuerdo una anécdota sobre este tema que nos sucedió en Río de Janeiro con el arzobispo Eugênio de Araújo Sales. Teníamos un compañero de los Sagrados Corazones, padre Jesús Pérez, que tenía muchísima inspiración para

componer plegarias eucarísticas, del estilo de las nuevas que surgieron por aquel tiempo. Presentó dos o tres que había elaborado, preciosas, y con total seguridad teológico-litúrgica, pero el cardenal, y la curia cariocas, casi se escandalizan de que un presbítero de provincias, es decir, no adscrito a la Curia Vaticana, se atreviera a enfrentar una aventura tan ardua, espinosa, y peligrosa, hasta la temeridad. Por eso resulta tan extraño que el propio cardenal Sarah, prefecto de la susodicha Congregación, tan importante y decisiva en la Iglesia, esté amenazando, poniendo trabas a la acción de Francisco, con una reforma de la Reforma del Vaticano II, como si ese tipo de documentos y eventos tan decisivos en la Iglesia sólo obligara a los pobres curas de aldea, o a los pardillos, estando exentos de ella los próceres de las alturas Vaticanas. Habrá que recordar que la inspiración y la sensibilidad litúrgicas no se consiguen ni con títulos ni con nombramientos.

Como se ve, hay en la propia Congregación par la Disciplina de los Sacramentos, quien confunde la Liturgia con un trabajo de conservación y guarda de libros sagrados.

Y en el resumen que ha llegado hasta mis manos de la presentación del Misal en Madrid, en

la Vicaría IV, destacaría estos puntos, para mí, por lo menos, dudosos, por no decir problemáticos:

1º) Testimonio de la tradición orante de la Iglesia, pero un testimonio bastante poco atrayente. Ya sé que ha habido más misales que teclas en un piano, pero es verdad que el que hemos usado hasta el pontificado de Pío XII, y, sobre todo, hasta la reforma del Vaticano II, no se puede ocultar que el Misal Romano, en el que durante siglos hemos estado usando, y sacado pecho de la unidad y la persistencia del «Canón», el que hoy es plegaria eucarística nº 1, es un cúmulo de imprecisiones y de exageraciones, en muchos casos peligrosas. Destacaría dos:

a) El sentido penitencial excesivo, pues en ese canon se encuentra, por lo menos, siete momentos penitenciales, rememorando la época en que el sentido del pecado era casi enfermizo, y pesaba como una losa de muchas toneladas sobre la conciencia de los fieles. Y que los llevaba, como en la novela de Umberto Eco, «El nombre de la rosa», a exclamar «penitenciáigite». Algo que, gracias a Dios, ha superado la Teología



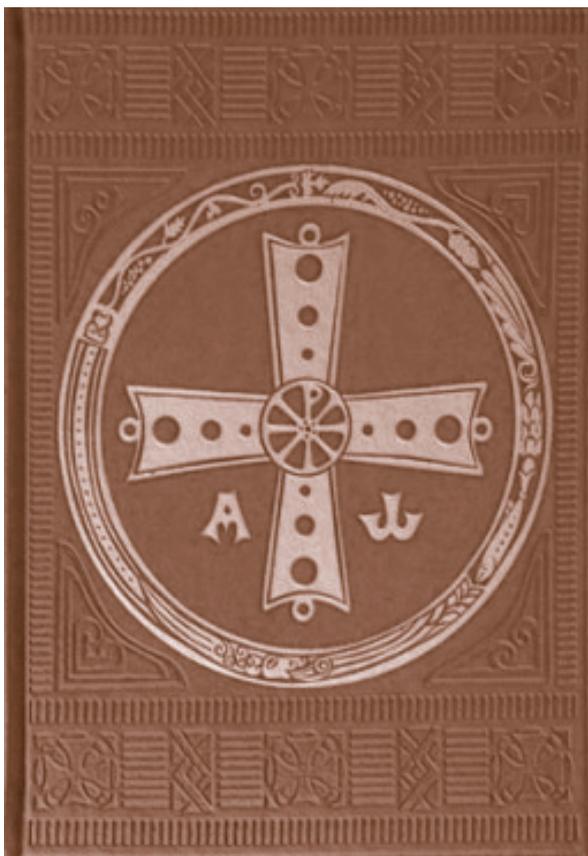
moderna, y sobre todo, la conciencia de la mayoría de nuestros feligreses.

b) El sentido

sacrificial tan alejado del «sacrificio según el rito de Melquisedec», del que tanto habla la carta a los Hebreos, y que se trata de un sacrificio incruento. Son pocos los teólogos modernos que recuerdan en este sentido sacrificial, que estaría fundamentado en la sangre de Jesús.

2) La vuelta del clericalismo más cerrado.

Y en la Liturgia, y en concreto, en la celebración de la Eucaristía, encontramos un acartonamiento de las fórmulas y estilos que se exigen al presidente de las celebraciones. Algunos alaban al actual Misal por su claridad, concisión y precisión de su redacción. Es decir, porque está todo claro, y siempre se puede saber lo que puede hacer el presbítero, el diácono, el acólito, pero raras veces se prevé, para cualquier emergencia, que algo de eso lo pueda realizar un bautizado, aunque no sea clérigo, ni haya sido provisionado por una especie de mandato oficial del clérigo correspondiente. (Por ejemplo, preguntado una vez, en una reunión de curas, el cardenal de São Paulo, D. Paulo Evaristo Arns si era necesario para distribuir la Comunión que la persona indicada poseyera una especie de diploma, o de permiso de la Diócesis, respondió: "El sacramento es comulgar, y no dar la comunión, que es una función puramente mecánica. Todo adulto, vamos a decir, confirmado, que pueda comulgar, puede dar la Comunión, sin intervención de la autoridad de la Iglesia". Nos gustaría apreciar en el actual Misal



Romano esa libertad del presidente de una celebración, pero no se encuentra por ningún lado. Si bien, en estricto sentido canónico, si no está expresa y claramente prohibido, estará permitido. Así como no obligar al ministro a terminar las oraciones con una Doxología preceptiva, hasta los últimos detalles, si ha salido previamente el nombre del Padre, de una manera, si el del Hijo, de otra, etc. Eso no hace falta para nada, y este tipo de detalles, que se convierten en una pesadez, hay a montones. Esta falta de libertad acarrea un tremendo

déficit de creatividad, y de viveza celebrativa, que poseía la Liturgia de los primeros siglos, cuando los ministros improvisaban sobre una especie de croquis que servía de estructura de la celebración y que sabían de memoria. Después dejaban salir su emoción del momento, y su creatividad, también musical. No pedimos tanto, pero sí que no nos amarren, hasta conseguir que la celebración sea rutinaria, monótona, e igual en Cantabria que en Andalucía, o en Brasil. Y no me digan del peligro de abusos, que nos han echado mucho en cara a los que fuimos contemporáneos del Concilio, cuando la Liturgia solemne oficial, sobre todo televisada desde el Vaticano o desde las grades catedrales, son un verdadero abuso de ostentación y distancia sideral de la Última Cena, y de las celebraciones "paradigmáticas" de la Iglesia primitiva.

<http://blogs.21rs.es/areopago/page/5/>

ROMA VEDUTA.

Monseñor se desnuda

Vengo a hablar de mi libro. Ya se puede adquirir y leer. Editorial Liber Factory. Disponible en papel y ebook en www.vnetlibrerias.com y en www.terrabooks.com. Pedidos a: pedidos@visionnet.es.

Una autobiografía teñida de romanidad. Un retrato de la institución católica contemplada por alguien que todo lo enjuicia desde su propia perspectiva. ROMA VISTA. Vista para sentencia.

Primeras páginas dedicadas a mi infancia y juventud. Mis orígenes gallegos. Mi supuesta vocación clerical. Mis estudios en Compostela, Comillas y Roma. Mis contactos con los cardenales Ottaviani y Quiroga. Los seminarios no quedan bien parados.

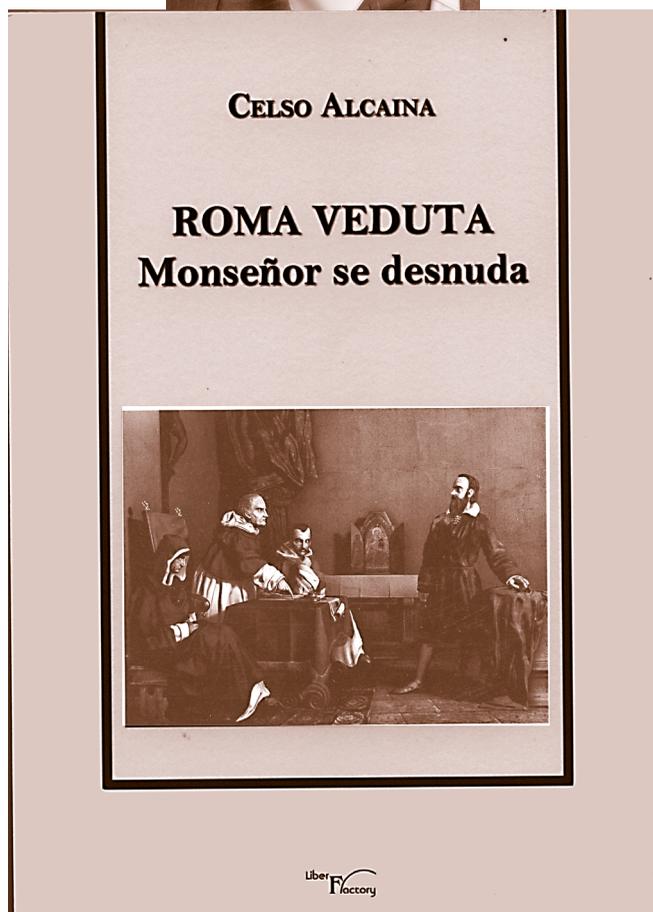
Es mi actividad como destacado funcionario en el Santo Oficio lo que constituye el núcleo del libro de 336 páginas. Al aceptar, a mis 32 años, el



nombramiento de Pablo VI, ya estaban presentes reticencias ideológicas y de fe. Ocho años en el corazón de la Curia. Dogmas, doctrinas, procesos, documentos papales, apariciones, revelaciones, dispensas, canonizaciones. No me limito a enunciar y relatar. Enjuicio. Tomo partido.

Considero revelador y paradigmático cuanto recojo sobre los procesos a eclesiásticos mexicanos y a Bernhard Häring. Una crónica negra de un tribunal inquisitorial a lo medieval. Y pensar que estábamos en los años 70 del pasado siglo.

En la última parte del libro recojo una veintena de artículos ya colgados en este blog y publicados en varios portales. Se trata de temas afines: cónclave, teólogos, celibato, sacerdocio femenino, pederastia, papado, curia, aggiornamento, Arrupe, Francisco.



Huellas



EL SECRETO DE LA FELICIDAD (Bromeando con Dios en mis 90 años)

Vos me ofrecisteis, gran Dios, la libertad al estar atado con el Celibato convenciéndome que así era un cegato siendo, para mi alma, ello gran maldad. ¡Gracias, Señor, pues veo con toda claridad!

Ahora una duda, ¡al ser mi gran Dios!: si el mundo es ya tan bello, si se mira, por la paz de Vos en mi alma y en mis ojos, ¿qué más podéis darme en la otra Vida?...

Por eso, hoy, estoy celoso de mi ojos, y por el cuerpo y el rostro que me disteis, y el corazón sano que siempre late... ¡por todo eso a la muerte temo tanto!

Pues ¿con qué otros sentidos me haréis ver este azul que se cierne por encima de las montañas, y este mar inmenso, y este sol que por todas partes brilla? ¡Dádme en estos sentidos paz eterna y no querré otro Cielo que éste azul.

¿A quien alguien se le dice «¡párate!» ¿no es a aquel que la muerte le traía?
¡No lo entiendo, Señor, yo, que querría para tantos momentos cada día y eternizarlos en mi corazón...!

¿O es que este «eternizar» es ya la muerte? Pero, entonces, la vida ¿qué sería?
¿Sólo sombra del tiempo que transcurre, una ilusión del lejos y del cerca, cuenta de poco, mucho y demasiado, engañadora, porque todo es todo?...

¡Lo mismo da! Este mundo, sea cual sea, tan diverso y extenso y temporal, esta tierra, que mucho y todo cria, es mi Patria, Señor, sábetelo bien!
¿Y no, al mismo tiempo, Patria celestial?...

Hombre soy y es humana mi medida de cuanto pueda y crea yo esperar; si mi fé y mi esperanza aquí se para, ¿me acusareis de ello más allá?...

Más allá veo el cielo y las estrellas,
e incluso allí querría yo ser hombre:
si hicisteis que las cosas sean bellas
a mis ojos, e hicisteis para ellas
mis ojos y sentidos corporales,.. »
¿por qué cerrarlos dándome otro «cómo»?
Sí, para mí, como éste no hay ninguno...!

Yo sé que sois, Señor, ¿mas dónde estáis?
Cuanto yo veo en mí se os parece ...
Dejadme, pues, creer que estáis aquí.
Y cuando llegue la hora tan temida
Sin que se cierres mis ojos tan humanos,
Abridme otros, Señor, que sean más grandes
Con los que vuestra faz inmensa vea.
Y un mayor nacimiento sea mi muerte.
¿Muerte? Jamás muerte, siempre Vida!
En mi regreso sé tú mi suerte:

**Señor, hoy que el sol de mi vida ya declina
eres también mi dicha y mi consuelo,
cuando conviertes en pequeño cielo
mi ser que hacia la tierra ya se inclina.**

**Y al mirar hacia atrás mi existencia,
veo con qué ternura me has amado,
¡Cuántas veces, Señor, me has perdonado!
¡cómo cuidó de mi tu Providencia!**

**Gracias, porque la vida me conservas,
porque me das la mano en el camino
y porque Tú orientas mi destino
a la Patria feliz que me reservas.**

**Haz, Señor, que viva con fé y con esperanza
y que dedique a amarte mis afanes,
y recuerde, Señor, cuando me llames,
que siempre puse en Ti mi confianza.**

ALFONSO BORREGO VIVAR



QUIÉNES SOMOS

MOCEOP es un grupo de creyentes en Jesús de Nazaret ---surgido como movimiento hacia 1977 en torno al fenómeno de los curas casados y a las esperanzas de renovación originadas por el concilio Vaticano II--- que reivindicamos que el celibato sea opcional.

Personas afectadas, más o menos directamente, por la ley del celibato (sólo el varón soltero puede acceder a desempeñar las tareas de presidencia de las comunidades católicas); **y creyentes que han sintonizado con esta reivindicación.** El aspecto reivindicativo (*celibato opcional*) fue el aglutinante inicial; **la evolución posterior y la reflexión comunitaria nos han ayudado a ampliar perspectivas.**

NOS SENTIMOS MOVIMIENTO

Nuestra **organización es mínima** y funcional: lo que nos une son unas convicciones que consideramos básicas en nuestro caminar:

- + **La vida** como lugar prioritario de la **acción de Dios**
- + **La fe en Jesús** como Buena Noticia para la humanidad
- + **La libertad y la creatividad** de las comunidades de creyentes
- + **La pequeña comunidad** como el entorno en el que vivir la comunión
- + Los llamados **“ministerios eclesiales”** como servicios a las personas y a las comunidades, nunca como un poder al margen ni por encima de ellas.

ESTAS SON HOY NUESTRAS COORDENADAS

La transformación de nuestra Tierra en un mundo más humano y solidario (*Reino de Dios*) nos importa más que los entornos eclesiales.

Las causas justas: ecología, solidaridad, pacifismo, derechos humanos. El Evangelio como *Buena Noticia*: ilusión, esperanza, sentido de la vida

- + **Somos iglesia y queremos vivir en ella de otra forma:** comunidad de creyentes en construcción y al servicio de las grandes causas del ser humano; en búsqueda, en solidaridad y en igualdad
- + **No queremos construir algo paralelo ni en confrontación con la iglesia: somos una parte de ella,** en comunión. Buscamos la colaboración con otros colectivos de creyentes (*Redes Cristianas*), para compartir y celebrar nuestra fe.

APOSTAMOS POR

- + **Ser acogedores** y acompañar a quienes se sienten **excluidos y perseguidos**
 - + **Plantear alternativas,** con hechos, a la actual involución eclesial
 - + Defender que **la comunidad está por delante** del clérigo
 - + Favorecer por cualquier medio **la opinión pública y la participación en la iglesia.**
 - + Defender que **la persona es siempre más importante que la ley**
 - + **Colaborar** con otros grupos de base que luchan **contra la exclusión.**
 - + Defender que los **ministerios no deben estar vinculados** ni a un género ni a un estado
 - + Estar cada vez más **abiertos** a las luchas por **la justicia y la solidaridad**
 - + Cuestionar cuanto sea necesario en búsqueda de la coherencia con el evangelio
- Buscar juntos y con quienes deseen buscar: clarificarnos, vivir, compartir.
- Aportar, desde nuestras convicciones, cauces para la vivencia de la fe
- Servir de referente para quienes viven la fe desde la frontera.
- Valorar lo secular: participar en asociaciones que creen ciudadanía



Usa tu sonrisa para cambiar el mundo y no dejes que el mundo cambie tu sonrisa



“NON SUNT”



A un amigo le gusta repetir el latinajo
“Non sunt creanda entia sine necessitate”.
Parece mentira que la escolástica
se atreva a enmendarle la plana al creador
diciéndole lo que tiene o no que hacer.

Contemplando millones de galaxias
con sus miles de millones de estrellas,
los millones de especies de plantas, de seres vivos,
de virus y bacterias, de bichos y microbios,
los millones de espermatozoides desperdiciados,
los bits, los megas, los gigas... que usan nuestros pecés...
los trillones de flores efímeras...
Tanto derroche de belleza ¿a qué necesidad responde?

A no ser que con el latinajo se refiera
a crear comisiones de investigación que no investigan,
o funcionarios en la Unión Europea,
o cuentas en paraísos fiscales,
o billetes de quinientos euros, si es que existen,
o finiquitos en diferido,
o asesores en ayuntamientos,
o aforados en el Senado,
o puertas giratorias....

También podría ser
que para crear seres innecesarios
primero haya que crear necesidades innecesarias,
y hacerme creer que “yo no soy tonto”
porque tengo lo primero y lo último
y lo mejor y al mejor precio,
ahorrando más cuanto más compre,
y llevándome tres por el precio de dos,
en los días fantásticos de la semana fantástica.

Seguramente sobran seres porque sobran necesidades.

Deme Orte